

## CORRESPONDENCIA

## TIERRA SANTA

*Castigos por el asesinato de Padres franciscanos—  
Nuevos atropellos*

Una carta fechada en Nazareth el 6 de Abril último, indica que fué favorecida por el genízaro conductor la fuga, en el puerto de Alejandria, del criminal que el 26 de Octubre próximo pasado cometió en el santuario de Belén el sacrilego atentado de que dimos cuenta en el n.º 24 de esta *Revista*: luego añade:

**E**l acendrado amor que el emperador Francisco José profesa á los Santos Lugares y á sus solícitos custodios, no podía consentir que tan execrable delito quedase impune y sin el debido correctivo. El asesinato de los pobres Franciscanos, que aun no ha caído en manos de la justicia, ha sido condenado á la horca; el condescendiente genízaro á trabajos forzados; y el Cónsul de Austria que, según parece, favoreció la fuga del criminal, ha sido llamado precipitadamente á Viena, donde debe responder á las gravísimas acusaciones que contra él aparecen en el proceso. Tenemos, pues, señor Director, que muy presto será vengada la sangre inocente, que bañó el sagrado pavimento del portal de Belén.

Mucho habrá trabajado el cónsul ruso, á fin de que el crimen de su empleado quedase sin el menor castigo, pero ante la rectitud y energía del Soberano austriaco, serán inútiles los esfuerzos maquiavélicos de aquel fiero enemigo de la Iglesia romana. Se hará, pues, justicia, y de una manera ejemplar.

Los actuales moradores de Nazaret no han degenerado de la raza de aquellos energúmenos, que trataron de precipitar al Divino Salvador de los hombres. El día del glorioso patriarca San José, tan luego como el párroco latino dió principio á la explicación del Evangelio, dejáronse oír en el templo voces subversivas contra el cura. Los revoltosos, una vez realizada su fechoría, salieron precipitadamente de la iglesia, regresando á ella muy en breve, pero en actitud más grave y amenazadora, pues entraron armados de palos y bastones. Los pocos Religiosos que en tan críticos momentos se hallaban en el Santuario, trataron de calmar los ánimos de los revoltosos, pero lejos de escuchar las razones de los Franciscanos, comenzaron á maltratarlos de una

manera brutal é indigna. La cosa hubiera tenido un desenlace fatal y desgraciado, si el sacristán no hubiese llamado precipitadamente á los demás Religiosos, que se hallaban retirados en sus celdas. Cuando el peregrino que subscribe llegó al templo, el tumulto había cesado con la fuga de los criminales, cosa en verdad que le desagradó algún tanto; pues hubiera querido dar una regular propina á los autores del escándalo. El Guardián del convento, que tratándose del respeto y consideraciones que se deben á la casa de Dios es un verdadero vizcaíno, tomó incontinenti las necesarias medidas para que los revolucionarios descansaran por algún tiempo, de sus diabólicas tareas, á la sombra de una buena prisión. Usted creará, señor Director, que los promovedores de este vil atentado fueron turcos ó grie-

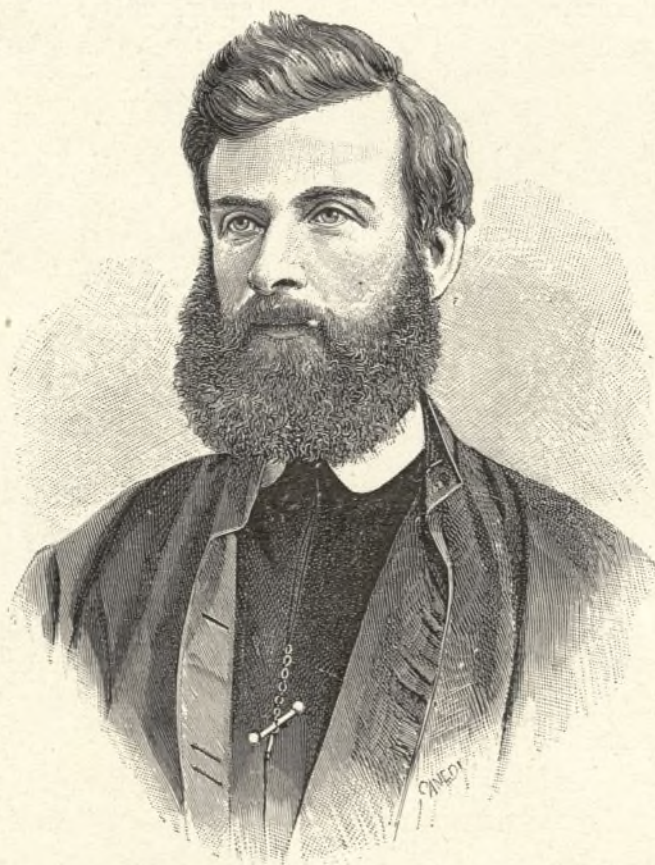
gos cismáticos: nada de eso; eran católicos latinos, y quizá de los que más favores reciben de la siempre generosa Tierra Santa. ¡Cuanta ingratitud!

Estos augustos santuarios se ven este año muy concurridos y visitados por gentes de todas clases y naciones. No es, sin embargo, muy viva la fe de la mayoría de los visitantes; pues hacen su ingreso en el templo como pudiera hacerlo un perro. Los protestantes, señaladamente, que en estos últimos tiempos vienen á Tierra Santa en grandes y numerosas caravanas, se distinguen por su frialdad é indiferencia religiosa. Da compasión y lástima la descompostura con que los sectarios de la Reforma recorren y visitan estos sacratísimos lugares. Nada de devociones y prácticas religiosas; ni la se-

ñal de la cruz, ni siquiera una inclinación de cabeza. Su falta de respeto y de educación llegan á veces á tal grado de irreverencia, que no reparan en penetrar en los santuarios con el sombrero calado y su gran pipa en la boca. Más de una vez me he visto precisado á proceder con tesón y energía con estos bárbaros profanadores; pues la viva fe, que me inspiraron mis cristianos padres, no tolera tales indecencias en tan sagrados lugares.

El Rdo. P. Fr. Salvador Lilli, misionero franciscano, escribe desde Marax el 4 de Abril último:

El día 10 de Marzo sucedió una triste tragedia en nuestra residencia de Donkalé, población que dista unas ocho leguas de ésta, y donde reside el P. Manuel Gar-



RDO. P. SERAPIO BARONIAN, de los Mequitaristas de Venecia  
(Pág. 238)



cía, que pudo tener funestas consecuencias para dicho Padre, si su valor no se hubiese sobrepuesto á todo. Había ceñido de un muro el terreno que se halla delante de la residencia, y los turcos, no llevándolo á bien, comenzaron á amenazarle, para atemorizarlo, con pegar fuego á la residencia y destruirlo todo. El Religioso no hizo caso de sus amenazas, y el día 10, mientras se hallaba en conversación con algunos paisanos, un numeroso grupo de turcos se encaminaba á la residencia en son de guerra. Noticioso de la llegada, les salió al encuentro, sin pensar en el riesgo que corría, y á brazo partido comenzó la lucha para hacerles retroceder. Echó por tierra con sus fuerzas hercúleas tres ó cuatro, pero una pedrada le alcanzó, biriéndolo en la cabeza, y todos se echaron sobre él y lo molieron á palos, conduciéndolo luego á la casa del Alcalde, que distaba un kilómetro, donde lo tuvieron desde las nueve de la mañana hasta la tardecita, hora en que lo dejaron volver á la residencia, después de ofrecerles algunas garantías.

Acaso se atribuirá á imprudencia el arrojo del Padre García; pero hay casos en que es prudencia no medir el peligro. Con esta audacia contuvo á los enemigos; y de no haber tomado este partido hoy sería la residencia un montón de escombros; pero en vista de la resolución con que afrontó el peligro, los turcos no se atrevieron á pasar adelante, y se salvó él, y salvó también la residencia.

A los dos días vino á este Hospicio para ponerse en cura, y á los quince volvió á encargarse de la Misión.

Se dió parte al consulado francés de Alepo, detallando lo ocurrido; pero han pasado más de tres semanas, y el gobierno local no se da por entendido, dejando libres á los promovedores del motín.

¡Es una vergüenza para los Gobiernos europeos dejar impunes tales desmanes y permitir que sus banderas se vean ultrajadas! Europeo é impotente son sinónimos en estos países; pues á pesar de la frecuencia con que se repiten estos atropellos, no se impone castigo alguno á los culpables, y con esta impunidad cobran alientos para cometer nuevos desmanes.

### NANG-TI (China)

*Curiosa relación sobre la isla de Nang-ti.—Los piratas.—La justicia china*

El Rdo. P. Fr. Esteban Sánchez, de la Orden de Predicadores, escribe desde Hing-hua, el 28 de Junio de 1893, á su Padre Provincial:

**A**CTUALMENTE hay en esta isla unos quinientos neófitos con un misionero y buena iglesia. La casa para el Padre misionero no está todavía edificada á gusto de los cristianos, pero no pensamos en hacer otra mayor, ya por temor de que parte del pueblo gentil se oponga, ya por no tener recursos suficientes, ya por cosas más perentorias á donde debemos acudir antes.

La extensión de la isla no es muy grande, tres leguas de Norte á Sur y de Este á Poniente: está separada del continente en la parte más estrecha sobre unas cuatro millas marinas, y dista de Ping-hai unas dieciséis,

pero como está en alta mar es de muy difícil arribo: desde Ping-hai con buen viento Sur solemos llegar en tres horas, pero habiendo calma casi nos cuesta un día entero. Esta isla es sumamente estéril, y todos los montes aparecen escuetos y pelados sin vegetación alguna: sólo en la parte Norte hay alguna que otra pequeña sementera de arroz: todo lo demás sólo sirve para el plantío de camotes, poco trigo, cebada y guisantes: creo que en toda la isla apenas se encuentra un árbol; lo más algún arbusto, y éste raquítico y macilento. La mayor parte de sus habitantes se dedican á la pesca, otros al comercio, y tampoco faltan algunos cuya profesión es pescar y piratear, porque cuando salen al mar con sus redes también suelen llevar armas por si acaso encuentran algún barco mercante desprevénido. Los mismos comerciantes isleños tampoco están muy limpios en esta parte, y también suelen robar cuando se les presenta la ocasión: en Fogán, según he oído decir á los Padres de allí, los temen mucho, comúnmente los llaman ladrones de Hing-hua, y echan á correr al sólo oír su nombre.

Esto de apropiarse las mercancías del prójimo es bastante frecuente, y algunos pueblos hay en que todos sus habitantes entran á la repartición del botín: yo mismo he estado en dos de estos pueblos, y me decían con la mayor frescura que ellos no podían hacerse cristianos porque, observando los mandamientos de la ley de Dios, no tendrían para comer y se morirían de hambre.

Pero ¿es tal la escasez de medios de subsistencia que realmente no tengan lo suficiente para vivir? No, y la prueba es que hay muchísimos pueblos honrados y bien acomodados que no tienen parte alguna en tan infame tráfico, y sólo con la pesca y algunos campos tienen lo suficiente para pasar la vida con algún desahogo. Por lo general los piratas isleños son los jugadores, anfibios, truhanes y gente de mal vivir; y tampoco son muchos en proporción, sólo que la fama, como sucede en todo, aumenta su número. Pero ¿cuál es la causa de que en esta isla abunden más que en otra parte los piratas? Si lo achacamos al opio y juego, en todo China hay *opistas* y jugadores. Para mí y demás misioneros que estamos en contacto con ellos, es la casi seguridad de no ser molestados por ninguna Autoridad, pues los mandarines, tanto civiles como militares, que residen en la isla, no tienen fuerza ni prestigio para apresar á ningún malhechor, y lo más que pueden hacer es comunicarlo á la Autoridad superior, que tampoco hace mucho caso á no ser obligados por el virrey: además, las Autoridades no se mueven para nada á no ser que los infelices despojados acudan á sus tribunales, lo cual no se puede hacer sin gastar, de modo que para resarcirse un poco es preciso gastar mucho, y el pueblo en general prefiere tomar venganza por sus propias manos si le es posible, y si no, no hay otro recurso que conformarse con su mala ventura.

Ha sucedido alguna vez que en la bahía de Ping-hai había anclados uno ó dos barcos guardacostas y á poca distancia un barco de piratas abordando á otro mercante: á pesar de estar batiéndose dos ó tres horas continuas en presencia de todo el pueblo, y yo viéndolo desde la ventana, los soldados de los barcos se estaban



mano sobre mano contemplando aquel espectáculo. Sólo á última hora, obligados por la gritería del pueblo, descargaron dos ó tres cañonazos y levaron anclas en ademán de querer acometer, visto lo cual por los piratas creyeron más prudente retirarse y dejar la presa que ya casi tenían segura. Resultado: un muerto y varios heridos. Al llegar el barco al puerto, todos los marineros se fueron directamente al capitán del guardacostas, y amenazaron con dar parte á las Autoridades de Foo-chow, pero pronto les hicieron callar; les dieron unas ochenta libras de pólvora y algunas balas, y negocio concluido.

Volvamos ahora á la isla, y veamos sus costumbres.

A pesar de la tan decantada civilización china, creo que en estos lugares á donde no llega directamente el influjo de la Autoridad, sus costumbres dejan mucho que desear, y no son menos bárbaras y feroces que las de las razas más salvajes que pueda haber entre los infieles de Filipinas. Bastará aducir algunos hechos para convencerse de ello, y cuenta que estos hechos se han verificado en nuestros días y á nuestra misma presencia. Sucedió el año pasado que, en un pueblecito llamado Onn-li que sólo dista del de la iglesia dos *lys*, ó sea  $\frac{2}{10}$  de hora, por causa de pagar algunas deudas hubo un pequeño altercado, y los hombres graves ó principales de nuestro pueblo salieron para ponerlos en paz; pero con tan mala suerte, que habiendo ofendido á uno de los altercadores, éste acudió á las armas, y sin decir una palabra descerrajó un tiro á uno de ellos y lo dejó cadáver en el sitio. Los interesados recogieron el muerto y se volvieron al pueblo para dar cuenta de lo sucedido, y tocando á somatén pusieron á todo el pueblo sobre las armas. Temiéndose el asesino lo que iba á suceder, hizo salir de casa y marcharse á otros pueblos á las mujeres y niños, y él con su hijo se encerró dentro de casa, y con cuatrocientas libras de pólvora que tenía para vender se dispuso á volarla y sepultar en sus ruínas á los que entrasen para apresarle.

En efecto, al poco rato ya estaba rodeada toda la casa y dispuestos á asaltarla, cuando un horroroso ruido los hizo estremecer: era que los cercados habían puesto fuego á la mecha; mas para no quedar ellos sepultados lo pusieron demasiado pronto, y por eso no hubo ninguna desgracia personal. Toda la casa se vino á tierra; pero el padre con su hijo fueron apresados y entregados al mismo padre y hermanos de la víctima para que tomasen justa venganza. Esta no se hizo esperar, y se echaron sobre ellos como perros rabiosos, aunque teniendo buen cuidado de no ocasionarles la muerte, para poder sacar dos ó tres mil pesos que exigían por su rescate é indemnización por la muerte que habían hecho. Como ya se puede comprender, es imposible decir los crueles tormentos que les hicieron sufrir; á instancias de un corazón compasivo se los quitaron de sus manos; pero entregaron para su custodia á la misma hija del matador ó asesino. Este tenía una hija casada en este mismo pueblo, y ella se encargó de ser la carcelera de su padre y hermano: más pudo en ella el amor de su marido é hijos que el amor de su padre y hermano, y temiéndose que se escapasen los volvió á entregar á la familia de la víctima, la cual, vien-

do que de ninguna manera podían pagar los dos mil pesos que les exigían para librarse de la muerte, se determinaron primero á degollar al hijo y después al padre. Con la mayor sangre fría llevaron al joven, de veintitrés años, á la orilla del mar en frente de su mismo pueblo, y allí tendido en tierra lo degollaron como se degüella un cerdo; su madre y mujer esperaban algo lejos que concluyesen de matarle para darle sepultura. Entre los muchos curiosos que asistieron á este acto cruel, hubo algunos antropófagos que empapaban panecillos en la sangre que salía de la herida para darlos á comer á sus hijos para que después fuesen valientes; otros mojaban chapecas para después adornar con ellas los gorritos de sus niños, para que de este modo al llegar á mayor edad fuesen esforzados y no temiesen nada. ¡Horrible superstición! Concluido el degüello volvieron á casa para hacer con el padre lo que acababan de hacer con el hijo, pero al fin se contentaron con sacarle los ojos, guardados para ver tanto mal, y le dejaron marchar, prometiendo antes pagar mil pesos y todos sus campos y casas. Como no ha podido pagar la plata, todavía lo andan buscando para matarle, y si no á él, á otro hijo ó nieto.

Estos y otros crímenes son públicos, y los mismos mandarines locales lo saben muy bien, pero no quieren ni corregirlos ni castigarlos, ó porque no han acusado, ó porque aunque lo hayan hecho no les dan la plata suficiente para sufragar los gastos del tribunal. Pero ¿qué gastos son esos? me preguntará V. R. Para explicarme mejor, voy á decir los trámites que hay que seguir en un caso muy grave, un homicidio, por ejemplo. La primera operación que hacen los parientes del muerto es *embalsamar* el cadáver: el embalsamamiento en China es una cosa muy fácil, se introduce por los ojos, boca, narices y oídos toda la sal posible, y todo el cuerpo se cubre bien del mismo ingrediente: después se pone en conocimiento del mandarín por medio de un escrito, y para que dicha escritura ó primera acusación llegue á la vista del mandarín ya se tienen que gastar unos treinta pesos que se reparten entre los agentes del tribunal. Si el mandarín da su V.<sup>o</sup> B.<sup>o</sup> delega á un mandarín inferior para que vaya á cerciorarse de la muerte y registre las heridas. El mandarín se persona con mucho aparato en el pueblo del homicida para ver el dinero que le ofrecen; si es suficiente, procura poner en paz á los dos pueblos, haciendo que den una indemnización por la muerte causada; si es poco, después que los esbirros y soldados han robado y quemado cuanto les viene á las manos, se marcha donde está el cadáver, exige algunos pesos más, y pasa á registrar las heridas que le ocasionaron la muerte. Para esto antes hay que echar algunos cántaros de agua sobre el cadáver para quitarle toda la sal que cubre las heridas, y el mandarín desde un tablado está oyendo lo que un perito que mide la profundidad de las heridas le dice, y otro apunta en un libro. Hecho esto se vuelve á la capital, y ya se puede recoger el cadáver, pero no darle sepultura, sino meterlo en la caja y depositarlo en una especie de nicho que hacen *ad hoc* á flor de tierra. Después de la revisión del muerto, si la parte inocente quiere pagar otra vez los gastos del viaje, el mandarín se personará en el pueblo de los reos, que todos escapan, y los esbi-



rros se apropian, rompen y queman como la vez pasada. De este modo cansan á los pueblos, hasta que convienen en un arreglo, dando un tanto á la parte ofendida y otro tanto ó más al mandarín, que tiene que repartir con todos los que han concurrido desde el más infimo hasta el mismo delegado, el cual tiene también que reservar su parte para el superior. Después que se han arreglado de esta manera, las dos partes firman una especie de contrato pacífico, que el mandarín presenta á su superior, y en lo sucesivo, ni la una ni la otra parte pueden entablar nueva querrela en los tribunales sobre esta cuestión.

La parte ofendida da sepultura al cadáver; pero si por una ú otra causa difiere el hacerlo, es señal que el contrato pacífico lo firmó forzada, ó por no poder gastar más ó amenazada por el mandarín, y entonces piensa tomar venganza. En estos trámites pasan á veces diez ó más años. El mes pasado se trató de dar sepultura en esta isla de Nang-ti á un gentil que ya hacía nueve años que los cristianos mataron en guerra justa, y hubo que añadirles cincuenta pesos más sobre los cien recibidos cuando hicieron las paces.

Esta manera de hacer justicia tiene lugar en todo Hing-hua, y en la isla de Nang-ti de un modo especial; rara es la vez que las Autoridades superiores llegan aquí, y resulta en muchos casos que casi toda la isla está con las armas en la mano batiéndose pueblos contra pueblos.

Pocos años hace que diecisiete pueblos de la parte Norte se batieron contra otros tantos ó más del Sur, resultando diecinueve muertos y muchos heridos; el mismo mandarín me enseñó una bala de unas cinco libras que fué rodando hasta la puerta del tribunal, pero ni siquiera les ha preguntado por qué se baten, ni tratado de ponerlos en paz. Yo mismo exhorté al mandarín, y me contestó que no hacían caso de él, y que ya lo había escrito á Foo-chow. Yo no he visto ni tropa ni mandarines superiores para pacificar los pueblos; cansados ambos partidos y sitiados por hambre, porque unos y otros se talaban los campos, hicieron las paces, y hasta otra.

Es tan mala la opinión que los mandarines tienen de esta isla, que cuando el Sr. Masot trató de evangelizarla, los mismos mandarines le disuadían de tal cosa, y decían que es una isla llena de piratas y que ni los mandarines pueden con ella. Hablando en general es verdad, pero en medio de tanto malo hay muchos buenos, y la prueba está en los quinientos neófitos que allí tenemos; no diré que todos sean buenos cristianos, pero sí lo es la mayor parte, y ninguno se echa á piratear, como sin duda hicieron antes de hacerse cristianos, y ellos mismos lo confiesan.

El año pasado el señor Vicario apostólico giró la visita pastoral por todas las principales cristiandades de Hing-hua, y como es natural no olvidó su predilecta isla de Nang-ti, en la que la mayor parte de los cristianos fueron bautizados por él. Alegróse mucho al contemplar la iglesia, para cuya edificación había trabajado tanto y pasado tan malos ratos sin haber podido conseguir nada. Todos los cristianos á porfía le contaban los trabajos y vicisitudes que tanto ellos como el misionero

tuvimos que sufrir durante los dos años que nos costó su edificación.

El señor Obispo, en los ocho ó diez días que estuvo en la isla, tuvo la satisfacción de administrar el santo sacramento de la Confirmación á cerca de cuatrocientos, y de bautizar cerca de veinte adultos. Le obsequiaron mucho estos neófitos, aunque sin ocasionarles apenas gasto alguno, porque dicho señor no quiere se moleste á los cristianos, y no permite ni ruido ni algazara cuando sale de visita, ya porque conoce la pobreza de los cristianos, ya por no llamar la atención de las Autoridades locales, que se mueren de envidia al ver que á un extranjero se le recibe y obsequia más que á sus respectivos mandarines. También los principales gentiles, enemigos antes de dicho señor por causa de la edificación, tuvieron la atención de venir á la iglesia para ofrecerle sus respetos, y darle como una satisfacción por haberse opuesto tan tenazmente á su edificación. Todos á una le decían, que no sabían qué fin podríamos tener en edificar en una isla tan estéril un edificio tan grandioso; pero una vez edificada estaban muy contentos, porque les había traído la felicidad, pues el pueblo estos años había tenido muy buena pesca y el número de varones se había aumentado. He aquí en qué ponen la felicidad los chinos, en tener muchos hijos y ganar muchas chapecas. El señor Vicario les habló de otra felicidad mucho más duradera que les había venido á enseñar, y para cuyo fin no había escatimado ni gastos ni sinsabores, y les exhortó á que lo pensasen bien, pues no se trataba de una felicidad terrena y pasajera, sino de una felicidad celestial y eterna. Le oyeron con mucha atención y prometieron reunir al pueblo para determinarse á abrazar todos nuestra Santa Religión; pero todo fueron palabras vanas, y una vez salidos de la iglesia no han vuelto á pensar en tales cosas.

El modo que he referido de arreglar todos los negocios que ocurren en los tribunales, es el corriente en la China, por lo que veo escrito en otras cartas de los misioneros; de donde resulta que, teniendo dinero que gastar, nada hay que temer, y ya se puede á mansalva hacer todas las fechorías que se quieran.

Sin embargo; cuando las Autoridades se empeñan en castigar, se valen de todos los medios, hasta los más indignos y viles, para hacerse con la persona del malhechor. Para que no se diga que siento una proposición y no aduzco pruebas, referiré dos casos entre otros.

En este pueblo de Nguiang-ha, donde tenemos edificada la iglesia, había un célebre pirata del apellido Chang, que era el terror de los mares por estos alrededores, y, como él mismo decía, eran muchas las muertes que había cometido. Muchas eran también las acusaciones que había contra él, no sólo en la capital de Hing-hua y Fo-ching, sino también en la metrópoli de Foo-chow. En vista de tantas acusaciones, el virrey de Foo-chow dió órdenes apremiantes para apresar á él y á todos sus principales compañeros; pero estas Autoridades por más lazos que le armaron jamás se atrevieron á echarle la mano. El sabía muy bien lo que le tramaban, y por eso siempre iba armado de dos revólvers y



dos regulares cuchillos bien afilados; varias veces los soldados estuvieron cerca de él, mas siempre el temor los detenía, y no querían jugarse la vida. El mismo mandarín militar pidió tener con él una entrevista, á lo que el famoso pirata accedió, pero con la condición de presentarse él solo y en el lugar que él le señalaba: entonces el mandarín desistió, y acudió á la astucia. Dijo haber conseguido el perdón del virrey de Foo-chow, y que no sólo se le perdonaba, sino que además se le daría un tanto al mes con la sola condición de servir de él para reducir y apresar otros piratas.

El cebo le engañó, y después de mil protestas y juramentos por parte del mandarín se presentó á las Autoridades. Al ver que no le hacían daño ninguno y que todos los meses le pagaban un tanto, otros varios piratas sus compañeros se fueron presentando hasta el número de nueve. Al principio todo iba bien y los obséquian con comilonas y comedias, y los llevaban en los barcos guardacostas para que les sirviesen de espías; algunos soldados empezaron á maltratar á alguno de ellos, y nuestro famoso pirata el Chang-chai-seng empezó á sospechar alguna cosa, y una noche estando anclado en el puerto se echó al agua y nadando se escapó. Y en efecto, no iba errado: al día siguiente los condujeron á Fo-ching y á los nueve les cortaron la cabeza, pero en Foo-chow no se dieron por satisfechos y á todo trance pedían la cabeza del Hai-seng; ya no era cosa tan fácil dar con él después de la traición que le habían hecho, porque los nueve se habían presentado instados por él y fiados en su palabra.

No obstante, el mandarín militar no desmayó, y otra vez recurrió á la astucia; juró por el cielo y tierra que al Chai-seng no se le haría daño ninguno; á pesar de haberse escapado continuó pagándole (por tercera persona) todos los meses, y con frecuencia le hacía regalos como antes. Viendo que estos medios no producían el efecto deseado, recurrió á otro más indigno y vil: sabía el mandarín que este pirata iba algunas veces á la casa del misionero, y nos escribió una carta para que le exhortásemos á presentarse, que nosotros saliésemos fiadores, porque juraba y daba palabra de honor de no hacerle daño ninguno. El mismo Chai-seng estaba ya muy decaído de ánimo y tenía el presentimiento que al fin le corta-

rían la cabeza como á sus compañeros: andaba mustio y pensativo, y decía que, si el Padre misionero salía fiador de las palabras del mandarín, se volvería á presentar; mas las nueve cabezas que en jaulas de madera había colgadas por la isla para escarmiento de los demás, decían á voz en grito el caso que debía hacerse de las promesas, juramentos y votos del mandarín. Para abreviar, un soldado se fingió amigo de nuestro Chai-seng, y en una ocasión que tenía apostados varios compañeros, le descargó un fuerte martillazo en la cabeza y cayó sin sentido: cuando volvió en sí era tarde, estaba maniatado y cargado de cadenas; á los pocos días apareció en otra jaula la cabeza del Chan-chai-seng de Nang-ti.

El otro caso que he prometido contar no tiene tantos episodios como el que acabo de referir, pero ha dado mucho más que hacer al Gobierno chino. Tratábase de



AFRICA ORIENTAL.—Euforbio de las montañas en Mbaramu, (Pág. 228)



apresar á otro ladrón llamado Che-ti, tan famoso como el Chan-seng, pero como vió que muchos de los suyos lo habían pagado con la cabeza, se escapó á Hong-kong. Los mandarines fueron á su pueblo, que sólo dista de nuestra iglesia de Ping-hai tres leguas, amenazaron arrasar todo el pueblo si no entregaban al Che-ti, y los ancianos contestaron que se había escapado á Hong-kong. Allí fué un vapor chino, y según dice el pueblo, las Autoridades inglesas no permitieron que se le apresase. A los pocos meses volvió á ir otro vapor, y entre cadenas lo condujeron á Foo-chow, y aquí con mucho ruido y aparato le cortaron la cabeza, que metida en una jaula colgaron de un madero en la playa de Ping-hai. Muchos que conocían á este ladrón empezaron á sospechar y decir que aquella cabeza se parecía á la del Che-ti, pero que no lo era; vino su mujer, para ver la cabeza de su marido, y sin decir una palabra se volvió á casa. Habría pasado cosa de un mes cuando el degollado Che-ti apareció en su pueblo, y, según dicen, por mil pesos compró él ó las Autoridades un hombre parecido al Che-ti, y que en Foo-chow pasó por el ladrón que se buscaba.

Yo no sé lo que habrá de cierto sobre el particular: sólo sé decir que el Che-ti está vivo en sentir del pueblo, y muerto para el virrey y demás Autoridades de Foo-chow.

Casi sin advertirlo, y refiriendo casos que yo mismo he presenciado, me he alargado mucho más de lo que al principio pensaba, pero creo que V. R. dará por bien empleado mi trabajo, porque en él he probado que la isla de Nang-ti no desdice de la fama que tiene. Verdad es que á otros muchos pueblos que rodean á esta iglesia de Ping-hai se les podría aplicar el mismo dictado, porque si bien es verdad que no degüellan á sangre fría, no es por tener sentimientos más humanos, sino por temor de las Autoridades, que, como están más cerca y más seguras de poder sacar dinero, acuden con más prontitud. Creo que las Autoridades de Hing-hua tienen mucho que agradecer á la Religión católica el que las costumbres feroces de estos pueblos se hayan mejorado, porque antes de extenderse el Catolicismo, sucedía peor todavía que en la isla de Nang-ti.

Todos los caminos estaban plagados de salteadores y ninguna Autoridad se atrevía á venir por aquí. La mayor parte de los pueblos estaban armados unos contra otros en un radio de cinco leguas, ni se podía cobrar contribución alguna. Ahora ya todo ha cambiado, y por los caminos se puede andar con toda seguridad.

### TUNG-KING CENTRAL

*Fatigas del misionero.—Fruto de las mismas.—Bautismo de nuevos cristianos*

El Rdo. P. Pedro Muñagorri, de la Orden de Santo Domingo, escribe desde Ngoc-Duong á su Padre Provincial:

**P**OR Septiembre del año 1890 los superiores me asignaron á este partido de Ngoc-Duong, para substituir al Rdo. P. Foronda, quien á su vez iba á substituir al Rdo. P. Máximo, ahora vicario provincial en el partido de Ten-Chu.

Por entonces no solamente este distrito, sino toda esta provincia de Hung-Yen estaba ardiendo en llamas, como suele decirse, á causa de los latro-guerreros que estaban en su apogeo, y eran como los dueños de la provincia; pues exceptuando este pueblo, el de Cao-ka y algunos pueblos más, lo restante de la provincia se les había ya sujetado y les entregaba tributo: si bien no por eso dejaban los rebeldes de hacer sus excursiones, secuestrando á unos para después exigir sumas considerables por su rescate, matando á otros y quemando sus casas, aterrorizando de esta manera á los pueblos.

En toda la provincia apenas había ya carabaos ó búfalos, porque los piratas los robaban á manadas; si en algunos pueblos quedaba todavía alguno, no se atrevían á labrar los campos con él, por temor de que á la noche viniesen los piratas y lo robasen.

En los mercados, á que tan aficionados son estos tunquinos para hacer su pequeño comercio, no había apenas concurrencia; porque la gente temía que si iban al mercado, fuesen asaltados por los caminos ó en el mismo mercado, como con bastante frecuencia sucedía.

La gente no podía dormir una noche con tranquilidad, sino que tenía que estar alerta toda ó casi toda la noche, para poder, á la primera señal, echar á correr y salvar su vida con lo poco que pudiesen llevar entre manos, escondiéndose entre los cañaverales, ó entre la hierba del campo; tal era el estado lastimoso en que estaba todo este partido de Ngoc Duong cuando yo me hice cargo de él.

Ya amenazaban á este pueblo, diciendo que si no les entregaba una cantidad de diez mil pesos, vendrían con unos quinientos fusiles, cercarían el pueblo y lo arrasarían.

Durante todo aquel tiempo, por las noches todos los varones del pueblo, desde los principales hasta los menores, tenían que salir á dormir en las casas provisionales que se habían hecho alrededor del pueblo, quien con fusil, quien con espada, otros con lanzas, etc., para, en caso de que los centinelas hiciesen la señal, que cada cual se pusiese al momento á guardar el puesto que le correspondía. De esta manera pasaron los siete ú ocho primeros meses, entre continuas zozobras y sobresaltos. Al mes de haberme hecho cargo de este partido, ya me mataron los latro-guerreros á uno de los más celosos catequistas, que tenía en la mayor de las cristiandades nuevas de este partido, llamada Du-triem, donde hay ya más de mil doscientos cristianos nuevos, fervorosos la mayor parte. A los dos ó tres días de haberme matado este catequista, me cogieron en rehenes á mi coadjutor, sacerdote anamita, que estaba administrando á unas siete horas de distancia de este pueblo. Este sacerdote habló á los piratas de esta manera:

—Si queréis, podéis matarme, pero no esperéis dinero por mi rescate, porque yo no tengo más que la morisqueta suficiente para alimentarme; bien sabéis que yo nada tengo que ver con vosotros, y que mi único oficio es hacer bien y ayudar á todo el mundo en cuanto me es posible.

Se conoce que Dios Nuestro Señor detuvo las manos de aquellos foragidos, para que no hiciesen daño al sacerdote inocente. El caso es, que los principales cabe-



cillas le trataron con bastante respeto, y después de algunos días le dejaron volverse libre. Por entonces me quemaron también dos iglesias de dos cristiandades, incendiando al mismo tiempo otras varias casas de cristianos.

En fin, no quiero molestar más á V. R. refiriendo lo mucho que las cristiandades de este partido padecieron durante aquel tiempo; baste decir que de cincuenta y dos cristiandades pertenecientes á este distrito, no hubo más de dos ó tres que no estuvieran bajo el pesado yugo de los piratas; todas las demás, no solamente tenían que entregarles el tributo, sino que eran vejados de mil maneras.

Pero preguntará tal vez V. R.: ¿Pues cómo, estando tan mallas cosas, y estando los piratas diseminados por todas partes, podían Vds. hacer la administración de las cristiandades y auxiliar á los enfermos? Ahí verá V. R. como Dios dispone las cosas; pues no obstante de ser ellos tan fieros y crueles, que tanto les daba chapodar la cabeza de un hombre, como torcer el cuello á una gallina, por lo común tenían bastante respeto á los misioneros: podíamos administrar las cristiandades, si bien con temores y sobresaltos.

Tal era el estado lastimoso en que se encontraba esta provincia á últimos del año 90, hasta que á principios del 91 el Protectorado francés, tomando en consideración el estado crítico de esta provincia, reforzó considerablemente los destacamentos poniendo columnas volantes diseminadas por toda la provincia, y gracias á Dios, pudo conseguir la pacificación en el espacio de unos seis meses.

Satanás, enemigo irreconciliable de nuestra salvación, al ver el muchísimo bien que hacen aquí los misioneros, y al considerar los millares de almas que le sacan de sus garras, alistándolas bajo la bandera de Jesucristo, no dejará piedra por mover, y hará todos los esfuerzos posibles para impedir que se aumente el número de los misioneros, porque espera que de esta manera se disminuirá mucho la conversión de los infieles.

Mas, aunque es verdad que no faltan trabajos que padecer, si bien se considera, se verá que no hay razón alguna para desanimarse por eso: pues ya se sabe que, cuando Dios Nuestro Señor permite que suframos algo, de cualquiera manera que sea, nos da también los auxilios necesarios para que podamos sufrir con resignación. Sobre todo aquí en Tung-king se ve, que si bien hay trabajos, pero de tal manera los endulza Dios Nuestro Señor, que se hacen muy llevaderos, porque van mezclados de otros muchos consuelos que Dios concede al misionero. Porque al considerar el misionero, que por el insignificante trabajo puesto por su parte, y por lo poco que ha tenido que sufrir por la gloria de Dios y bien de las almas, resultan tan opimos frutos; viendo, digo, que tantas almas que yacían sumidas en las tinieblas de la infidelidad abandonan el pesado yugo de Satanás y los ídolos que antes adoraban, acogiéndose bajo el suave yugo de Jesucristo, para poder adorar al único verdadero Dios; esto causa tanta alegría al misionero, que ya no se acuerda de los trabajos pasados, y cree compensados sobradamente sus sufrimientos.

En prueba de lo que acabo de indicar, baste decir

que, á pesar de los trastornos y revueltas de que hablé más arriba, sólo en este partido ha llegado á 1227 el número de los adultos bautizados durante estos dos últimos años: el primero hubo 427 bautismos de adultos; y este año próximo pasado, es decir, desde el mes de Agosto del año pasado hasta Agosto de este año (que es cuando entregamos las listas de los Sacramentos administrados), ha llegado á 800 el número de adultos bautizados en este partido; de éstos tuve la satisfacción de bautizar por mis propias manos á unos 550; los restantes los bautizaron mis coadjutores tunquinos.

Estos cristianos nuevamente bautizados están diseminados en más de 30 cristiandades nuevas, habiéndose, solamente en estos dos años, plantado el signo adorable de nuestra redención en seis pueblos, donde antes estaban todos sumidos en las tinieblas de la infidelidad.

Por lo dicho comprenderá V. R. que ya por el número considerable de los cristianos, ya por las muchas cristiandades en que están diseminados, siendo las distancias grandes y los caminos malos, ya también porque la mayor parte de los cristianos de este distrito son cristianos nuevos, no es pequeña dificultad, ni poco trabajo la administración espiritual de este distrito; y que si bien tengo tres coadjutores tunquinos que me ayudan, sin embargo, si se quiere atender á todo y estar en todo (de lo cual no se puede prescindir), apenas le queda á uno tiempo para nada.

Ya comprenderá también V. R. el buen papel y el gran servicio que nos hacen los catequistas, pues si no fuera por ellos, sería moralmente imposible atender á todas las necesidades de tantas cristiandades diseminadas en tan extenso territorio: 30 catequistas tengo actualmente en este partido: muchos de ellos se toman grande interés por extender lo más posible el reino de Jesucristo y ayudar á los cristianos nuevos, aliviando así mucho la carga del misionero.

En este distrito tengo además 38 mujeres ancianas fervorosas, casi todas ellas Religiosas Terciarias de la Orden, ocupadas en instruir y enseñar á las de su sexo en las cristiandades nuevas.

Estas buenas mujeres, como están en medio de poblaciones infieles, se aprovechan también de todas las ocasiones para poder bautizar en el artículo de la muerte á niños de padres infieles, sucediendo á veces, que los mismos infieles del pueblo donde estas buenas ancianas están catequizando, las llaman con el único objeto de que bauticen á su hijo próximo á espirar, quedando ellos tan ciegos y obstinados en sus errores como lo estaban antes. ¡Cuán insondables son los juicios de Dios, y cuán incomprensible es el gran misterio de la predestinación!

Otras muchas noticias ya tristes ya alegres podría referir, pero por no molestar más á V. R., solamente referiré el siguiente caso, para que se vean los modos y maneras de que Dios Nuestro Señor se vale para la conversión de los infieles.

De las seis cristiandades nuevamente abiertas durante mi estancia en este partido, una de ellas es el pueblo llamado Phuong-Tong, que no dista más que el tiro de una piedra de este pueblo de Ngoc-Duong, y que por lo mismo tenía más motivos que otros pueblos



para abrazar la Religión cristiana; no obstante, por más esfuerzos que hizo el Ilmo. Sr. Riaño para su conversión, siempre permanecieron duros de corazón; todos los demás dignísimos predecesores míos hicieron también todo lo posible para ver si conseguían siquiera la conversión de alguno de ese pueblo, pero como, sin duda, todavía no había llegado el tiempo predestinado por Dios Nuestro Señor, de ahí que todos los esfuerzos humanos eran insuficientes para ablandar sus corazones empedernidos y atraerlos á la Religión.

En tiempo del Rdo. P. Máximo pidieron abrazar la Religión unas tres ó cuatro casas, pero no pudo bautizar más que á uno, y ese *in articulo mortis*; los restantes volvieron atrás.

Pues bien, Dios Nuestro Señor que hasta de los males saca bienes, se valió de la piratería para ablandar sus corazones obstinados en el error y atraerlos al seno de la Iglesia católica.

Entonces los piratas exigieron también á este pueblo de Phuon-Tong una gran cantidad de plata, amenazando que si no entregaban dicho dinero para el día fijado, arrasarian el pueblo.

El pueblo estaba indeciso sin saber qué hacer, porque decían: Si entregamos la suma de plata que nos exigen, tras ella nos exigirán otra suma, y después tampoco dejarán de venir de noche y robar las casas ricas, como lo hacen en otros pueblos; pero si no les entregamos dicha plata, aun son de temer mayores males, porque no tenemos fuerza para resistirles: pero al fin se resolvieron á no entregarles la plata, y todos los principales del pueblo vinieron á suplicarme diciendo:

—Phuon-Tong y Nhoc-Duong, por lo cercanos que están, son como un pueblo, y tanto cristianos como infieles todos somos hijos del Padre; así que suplicamos al Padre que avise á los cristianos, que en caso de que los piratas vengan á atacar nuestro pueblo, vengan en nuestra defensa.

Entonces yo aproveché la ocasión para hablarles al corazón.

—¿Cómo os atrevéis, les dije, á decirme que este pueblo y el vuestro son como un pueblo, y que sois también mis hijos así como lo son los cristianos? Si, como decís, los dos pueblos son como uno, ¿cómo permanecéis tan duros de corazón, ingratos y sordos á tantos beneficios que recibís de Dios, sin querer abrazar la Religión cristiana? Sabed que, si continuáis tan obstinados en vuestros errores, seréis dignos de que Dios Nuestro Señor os castigue muy severamente, y tal vez estas amenazas de los piratas sean un presagio de los castigos que Dios os tiene preparados, si no os convertís. Volveos, pues, y pensad seriamente en convertirlos. Si os convertís, seréis verdaderos hijos de Dios y dignos de que Dios se compadezca de vosotros. Por lo demás, en caso de apuro, los cristianos, por lo mismo que son cristianos, no dejarán de acudir en vuestra defensa.

Con esto volviéronse á sus casas, y dentro de algunos días me vinieron á pedir abrazar la Religión unos setenta entre todos, que después fueron aumentando poco á poco, y después de un año ó más de prueba los bauticé; de modo que al presente hay ya en ese pueblo más de noventa cristianos, y algunos más que todavía se están preparando para recibir el santo Bautismo. Hasta el presente manifiestan bastantes buenas disposiciones. Dios Nuestro Señor, por los méritos de nuestro Padre Santo Domingo, cuyo santo nombre les impuse, les conceda la perseverancia en sus buenos propósitos.

## INDOSTÁN

*Visita pastoral de un Padre misionero capuchino á través del Rajputana*

Debemos á una comunicación del Rdo. P. Moyse, de Orleans, viceprocurador general de las Misiones de los reverendos Padres Capuchinos, el relato que va á leerse y los pintorescos grabados de las páginas 225, 228 y 229. La Misión del Rajputana, establecida recientemente en una populosa región del Norte de la India, hace concebir, gracias al celo de los hijos de San Francisco, á quienes están encomendadas, las más bellas esperanzas.

Dice así el Rdo. P. Andrés, capuchino, misionero en Jeypore:

Tuk, 7 de Abril de 1893.

**A**L partir, hace dos años, de Constantinopla, no podía prever que tardaría pocos meses en recorrer un distrito casi tan vasto como la Turquía europea. Tales eran, sin embargo, los designios de la Providencia. Apenas hube adquirido los conocimientos más elementales del inglés y del indostano en Mhow, capital de la Misión del Rajputana, cuando recibí orden de dirigirme á Jeypore, en el extremo opuesto de la Misión, donde tenía que recoger la herencia de un santo, esto es, continuar su obra y su apostolado



AFRICA ORIENTAL.—Paré, perfil de un grupo de montañas. (Pág. 229)



en Jeypore y el Norte del Rajputana. Mi venerable predecesor, quebrantado por los años y las fatigas del apostolado, tuvo, á pesar de su celo, que ceder el puesto á otro más joven. Heme aquí, pues, instalado como verdadero misionero apostólico. Además de la cristiandad de Jeypore, he de llevar los auxilios de la Religión á los católicos dispersos en los Estados del Norte del Rajputana.

ter (jefe de orquesta) de Nawab: es un goanés de pura raza, negro como una chimenea. Les administro los Santos Sacramentos.

Al cabo de dos días alquilo un camello y me dirijo á Deoly. Sesenta kilómetros á través del desierto no es ciertamente cosa placentera. Es preciso haber viajado á lomo de camello para formarse idea del suplicio que



RAJPUTANA (Indostán).—Palacio del Rajah de Jhabrapatán. (Pág. 226)

Hablemos de la visita que hago en este momento al Sur de mi Misión.

Salí el lunes de Pascua para Tuk, capital de un Estado musulmán independiente. Atravesamos una inmensa llanura desierta y árida, cubierta con la arena fina del desierto. Henos, por fin, en el territorio del Nawab de Tuk. Tenemos que cruzar un río, y no hay puente. ¿Qué hacer? Nada más sencillo. Cada cual se quita el calzado, si lo tiene, recógese los vestidos y pasa el río por un vado. Como soy el principal *Sahib* (señor) de la compañía, un indio carga conmigo, y me traslada á la orilla opuesta á pies enjutos. Excusado es añadir que hay que dar el *bakkchich*. El indio no es menos hábil que el turco en el arte de sonsacar propinas.

La capital cuenta cuarenta y cinco mil habitantes. En ella el orden y la limpieza son cosas enteramente desconocidas. Cada cual edifica su vivienda donde le parece, y vive feliz tomando el sol. En Tuk tengo tres familias católicas, siendo la principal la del *bandmas-*

se experimenta á las pocas horas. A causa del calor es preciso viajar de noche en esta estación.

Deoly, 8 de Abril de 1893.

Quien quiera conocer las dulzuras del sueño, que haga un viaje á lomo de camello: aconsejo este remedio infalible á todos los que sufren de insomnio. Entre tanto, heme aquí cómodamente instalado en un *Dak Bungalow*, especie de posada para uso de los viajeros europeos, edificio bastante agradable que comprende cierto número de aposentos con los muebles más indispensables.

Visitamos á las Autoridades y al agente de Jeypore, que me recibe con la sencillez y benevolencia habituales á los altos funcionarios ingleses: me ofrece sus servicios y me recomienda á las Autoridades de Bundee.

Todos mis católicos vienen á prepararse para recibir mañana la Sagrada Comunión. Son sólo trece, pero muy virtuosos, y reciben con transportes de júbilo la visita del sacerdote.



El día siguiente vienen muy temprano con sus mejores trajes: levántase un altar para celebrar la Misa, durante la cual les dirijo una exhortación. Alimentados con el Pan de vida, vuelven á sus ocupaciones, después de depositar espontáneamente en el altar el óbolo de su pobreza.

Terminada mi Misión en Deoly, partimos para Bunde, hermosa capital del Estado de este nombre. La vista de un europeo, de un misionero, excita la curiosidad. El agente político ha dado sus órdenes desde Deoly, y soy admitido gratis en el Dak Bungalou reservado para los personajes oficiales.

Bundee, 10 de Abril.

En Bundee no hay ningún católico ni europeo. Envío á buscar un coche para ir á Kotah, la capital del Estado vecino, y danme la noticia de que el coche y los caballos del agente político de Kotah acaban de llegar á Bundee para conducirme precisamente á donde yo quería. Gracias sean dadas á Dios y al coronel Wyllie, representante de S. M. británica.

Kotah, 11 de Abril.

Habiendo cruzado el majestuoso Chambal, el Rhin del Rajputana, llegamos á Kotah, deliciosa ciudad de cuarenta mil habitantes, edificada casi en anfiteatro á orillas del Chambal; parece un oasis en medio del desierto que la rodea. Al Este de la ciudad un vasto jardín plantado á la europea, adornado con fuertes y elegantes pagodas (*V. el grabado de la pág. 229*), lleno de flores y pájaros; al Sur y junto al jardín un lago, límpido como cristal, en medio del cual se levanta un palacio rodeado de un jardín colgante; al Oeste el Chambal, cuyas aguas, azules como el cielo de Oriente, corren suavemente hacia el Norte, y recuerdan las orillas encantadoras del Bósforo; finalmente, al Norte, soberbias y silenciosas avenidas llenas de sombra; tal es Kotah, algo así como Constantinopla en miniatura.

Sólo hay unos veinte católicos en Kotah, y estoy muy satisfecho de ellos por su buena conducta. Me ha cabido la dicha de administrar el bautismo á cuatro niños. Todos los demás se han acercado á los Santos Sacramentos con las mejores disposiciones. ¡Qué consuelo el suyo al recibir la visita del sacerdote! Algunos de ellos hacía muchos años que se veían privados de los auxilios de la Religión. Heles ahora fortalecidos por un año, y Dios mediante, en el próximo volveré con gusto á Kotah.

Jhabrapatán, 12 de Abril.

La distancia de Kotah á Jhabrapatán es de ochenta kilómetros. Esta ciudad es capital del Estado de Jhalawar, y su población apenas llega á cuarenta mil almas.

El Rajah manda saludarme al tener noticia de mi llegada. Aquí sólo hay dos familias católicas: el jefe de Estado Mayor y una familia de sirvientes.

Esta mañana, al partir, el Rajah me ha hecho saludar nuevamente por su consejero. (*V. el retrato de la pág. 228*). Parto para Neemuch acompañado de un Sawar, caballero de S. M. La distancia es considerable: 140 kilómetros.

Neemuch, 15 de Abril.

Heme, por fin, en Neemuch. Dos días de viaje á través del desierto, en caminos pedregosos y con profundos baches, no deja de ser harto molesto. En Bhampura, aldea situada en nuestro camino, hemos hecho alto á la puerta de la ciudad. Mujeres y niños, atraídos por la curiosidad, han venido á contemplar á un hombre tan extraño para ellos. Algunos me han ofrecido con mucha cortesía melones, que he aceptado agradecido.

A las diez de la noche llego á Neemuch, término, por decirlo así, de mi viaje, pues regresaré á Jeypore aprovechando el tren. Así es como, gracias á la caridad de algunas almas generosas, mis cristianos han sido consolados y fortalecidos.

## PERÚ

*Misión extraordinaria y fructuosa de los reverendos Padres Franciscanos*

En una carta que desde Lima escribe en Febrero último el P. Fr. Esteban Pérez, M. O., dice lo siguiente:

SEIS meses continuos hemos estado manifestando á este pueblo dichoso la voluntad adorable de Dios. Nuestro Señor y sus amorosos designios de salvación; y Lima, la piadosa ciudad de los reyes, esta ciudad de Santa Rosa, de Santo Toribio, de San Francisco Solano, del Beato Martín de Porres, del Beato Juan Macías y de tantos otros bienaventurados, siguiendo su proverbial carácter de acendrada piedad y religión, ha secundado en este tiempo santo los designios del Señor, y se ha portado hoy, como ayer, como siempre, noble hija de la Iglesia, heredera de los eternos destinos y ciudad predilecta del Altísimo, que por medio de la tribulación temporal y de la prueba de la vida terrena la conduce al cielo.

Los pobres Religiosos de San Francisco, sin disponer de nada en este mundo, con sólo el auxilio de Dios y la protección de la Virgen Santísima, hemos recorrido toda la capital del Perú, yendo de templo en templo y de santuario en santuario, en procesiones las más ordenadas y numerosas que se han visto, exhibiéndose repetidas veces seis mil y hasta ocho mil personas acompañando en largas y bien ordenadas filas á la Santísima Virgen Misionera, cantando con el corazón henchido de gozo himnos al Señor y á la Virgen Santísima.

Estas manifestaciones católicas han tenido lugar por diez veces en Lima durante los seis meses que ha durado la Misión, y la Virgen Santísima triunfadora de Satán, venciendo á este espíritu infernal que todo lo revuelve y trastorna, ha recorrido las calles y plazas más públicas de la ciudad, pacificándolo todo con su presencia de Madre y Reina serenísima, é infundiendo en todas las almas pensamientos de amor, caridad, gozo y celestial dulzura.

La última procesión la hemos hecho desde el templo de Jesús-María hasta el de nuestro Padre San Francisco, que es de los más capaces y centrales de la capital. Al pasar por la plaza principal las campanas de la Catedral y de los otros templos mayores saludaban á la



Virgen Misionera. La comitiva, compuesta ese día de unas diez mil personas, llenaba la plaza y esperaba ante el palacio arzobispal la bendición que S. Ilma. el señor Arzobispo iba á dar desde el balcón á todo ese pueblo.

¡Solemne y conmovedor espectáculo! Se vieron en ese memorable día los fieles católicos de Lima reunidos en una sola manifestación religiosa, y con el corazón henchido de gozo prosternarse en la plaza pública ante su Padre y Pastor, que con ternura inefable los bendecía... Un silencio profundo y universal anunciaba en esos momentos que el cielo derramaba abundancia de gracias y bendiciones por medio de su representante á todos los fieles allí reunidos. Luego continuó la procesión, yendo en ella el mismo señor Arzobispo. Los cánticos y alabanzas á Dios y á la Virgen María volvieron á resonar por las calles principales; los sagrados bronces de los templos y los instrumentos músicos de las bandas del ejército se confundían con las voces que salían de todos los lugares y eran eco fiel del entusiasmo de todos los corazones.

El grandioso templo de nuestro Padre San Francisco no fué capaz de contener ni aun de pie, y en estrechada apretura, los miles de concurrentes. Con no poca dificultad pudo penetrar en él la imagen bellísima de la Santísima Virgen Misionera, ante la cual iba el venerable anciano que rige los destinos de esta Iglesia. Al llegar al presbiterio y anunciar al pueblo otra bendición de S. Ilma., el entusiasmo era indescriptible y las voces de júbilo llegaron á lo sumo, todos gritaban á porfía y decían con toda su fuerza: «¡Viva Dios!... ¡Viva Jesucristo!... ¡Viva la Virgen Santísima!... ¡Viva el señor Arzobispo!...»

Esta Misión será para siempre memorable entre los moradores de esta ciudad tan católica, y lo será también para nosotros los Padres misioneros Franciscanos, pues en ella hemos trabajado durante seis meses obteniendo los resultados más favorables. Se han celebrado más de 1,200 matrimonios de gente que vivía desgraciadamente; se han reconciliado muchísimos enemigos y restituído cuantiosos bienes; se han administrado más de 50,000 comuniones; han ingresado en nuestra Tercera Orden 117 hombres y 308 mujeres; se están convirtiendo todavía muchos pecadores, y se irán recogiendo por mucho tiempo en adelante los frutos santificadores de estas Misiones.

## EN EL KILIMA-NDJARO

(ÁFRICA ORIENTAL)

POR EL P. ALEJANDRO LE ROY, MISIONERO APOSTÓLICO

### XI.—Paso del desfiladero de Mbaramu

*En guardia contra el enemigo.—El desfiladero de Mbaramu.—Una noche triste*

**E**STAMOS á 3 de Agosto. En el último pueblo donde hemos pernoctado, sito junto á un río que echa sus aguas en el Umba, nos han dicho:

—Vivid alerta, pues los masaias siguen vuestro camino, y van á robar los bueyes de los digos. Sabed que

cuando están en campaña atacan á cualquiera que encuentren.

Por lo que pudiera suceder tomamos algunas precauciones: á los bagajeros armados con fusiles de repetición, les distribuimos abundantes cartuchos, y á los demás pólvora, balas y cápsulas: á esto siguió la orden del día, el ejercicio y la arenga, concebida en estos términos:

—¡Hombres de Bagamoyo, de Mombaza y de todas partes, atended! Dícese que los masaias llevan nuestro camino. No importa: marcharemos juntos, unos en pos de otros, por el sendero. Cada hora descansaremos, prohibiéndose absolutamente quedarse rezagado. Silencio durante la marcha: nada de gritos ni de cantos. El guía nos precederá seguido de dos hombres, y así que oigáis el grito de «¡Atención!» os detendréis en el acto, y tranquilamente, en el lugar que os indicaré, formaréis un apretado círculo, cada cual detrás de su carga. De esta suerte, acurrucados al abrigo de las cajas y paquetes de telas, dejaréis que se acerquen los masaias con sus lanzas, y á la voz de mando, cuando se hallen muy cerca, haced fuego, y los veréis caer como conejos... ¡Amigos míos, cuando en la costa os inscribí en este papel, todos me disteis nombre de varón; sin embargo, si por error se encuentra una mujer entre vosotros, que se declare, y se quedará aquí; los demás iremos á la batalla!

Aclamaciones formidables saludan esta proclama, y luego pasamos al ejercicio, que da resultados satisfactorios, quedando probado teóricamente que, en caso de ser atacados, nos cubriremos de gloria.

Es medio día, y emprendemos la marcha.

Al salir de este rico valle del Umba, el paisaje toma de nuevo poco agradable aspecto. A trechos se ven baobabes (1), ébanos (2), strychnos (3), y matorrales donde, entre los espinos y los euforbios en lianas y en árboles (4), se mezclan gruesas ampelideas cuadrangulares (5), y hermosos grupos de *adenium* (6), con flores rojas y bellísimas, y por do quiera aquella hermosa pasiflora rara, erizada de puntas, y tan grande, que un solo pie forma masas enteras de verdor. Poco á poco subimos el desfiladero de Mbaramu. El sol es relativamente templado. A izquierda tenemos la montaña, y á la derecha la llanura. No se ve la sombra de un masai.

Adelantamos, subiendo siempre, cuando de pronto, á veinte pasos delante de la caravana, detiéndose el guía, levanta la mano, hace señal para que todos se detengan, y se pone en cuclillas...

Llegó el momento de formarnos en círculo: felizmente hay á pocos pasos un montecillo que conviene á maravilla para nuestras operaciones, tanto más cuanto le defienden por la parte posterior malezas espinosas que disminuyen el área que ha de defenderse: sin embargo, nuestros hombres se muestran ahora menos belicosos

(1) *Adansonia digitata*, L.

(2) *Dalbergia arbustifolia*, Baker; —*D. Melanoxylon*, Guill. et Perr.; —*D. Sawatilis*, Hook.; —*D. Bracteolata*, Baker.

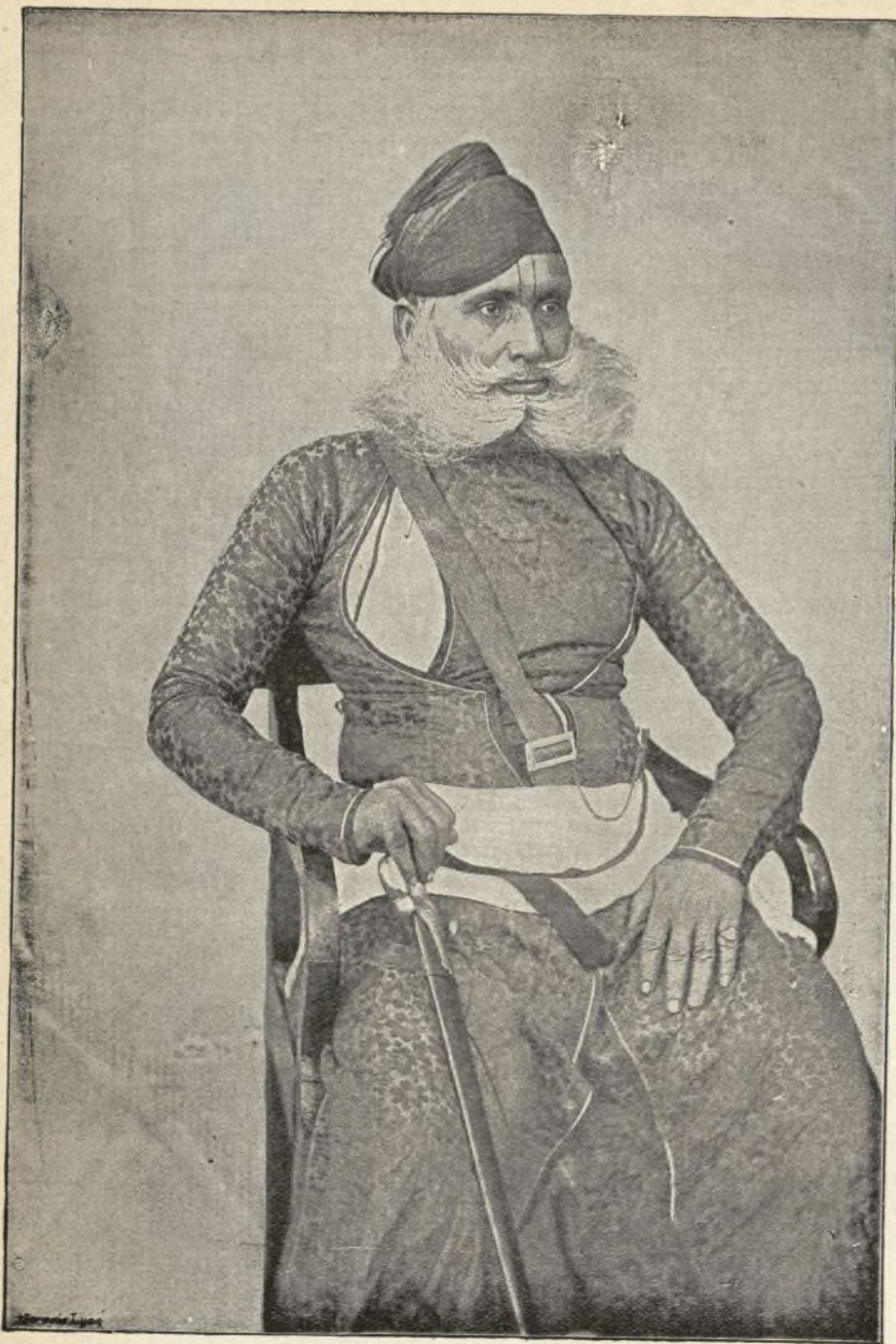
(3) *Strychnos spinosa*, Haw.

(4) *Euphorbia tirucalli*, L.; —Espec.

(5) *Vitis quadrangularis*, L.; *V. crassifolia*, Baker.; *V. Granatii*, etc.

(6) *Adenium speciosum*, Fenzl.





RAJPUTANA (Indostán).—Consejero rajputa del Rajah de Jhabrapatán. (Pág. 226)

que durante el ejercicio. No hay necesidad de recomendar el silencio: ninguno de los guerreros lo turba lo más mínimo.

Viendo que el guía no cesa de inspeccionar el sendero, como hipnotizado ante un punto preciso, sospechamos si consulta á los fetiques, y paso á paso nos acercamos á él, diciéndole quedo:

—¿Qué hay?

Y presa de la mayor ansiedad nos muestra con el dedo... un poco de boñiga.

Una estrepitosa carcajada acoge esta revelación sorprendente.

—¡No hay de qué! repuso indignado: ¡esta boñiga no se ha hecho por sí sola!

En apoyo de esta objeción, en efecto muy acertada,

distinguimos en breve huellas recientes del paso de hombres y bueyes. Indudablemente pasaron por aquí esta mañana, y en este lugar dejaron el camino para internarse en el desierto, dirigiéndose al río en línea recta.

Al convencerse de ello nuestros valientes guerreros, respiran libremente, hablan todos á la vez, ríen y se dicen unos á otros:

— ¡Lástima que se hayan ido, pues los hubiéramos exterminado!

Adelantando y subiendo siempre, llegamos pronto á la cima del contrafuerte que hemos de atravesar. Allí el espectáculo es magnífico.

A nuestras espaldas hemos dejado, después de Buiti, tres semicírculos de montañas, orientadas en su conjunto de Sudoeste á Noroeste: el primero, de Buiti á Bombo; el segundo, de Bombo á Panga, y el tercero, de Panga á la hoz de Mbaramu, en donde nos hallamos. La llanura se extiende á lo lejos, gris é inmensa. Al Norte, las pintorescas montañas de Taila, cuya silueta azul se confunde con el azul del cielo. Al frente, la cordillera de Paré, á la que nos dirigimos y de la que todavía nos separa una extensa llanura.

Sentados en las piedras, libres del temor á los masaias, contentos por ver finalmente el nuevo país en el que vamos á entrar y que dominamos con la vista, descansamos gustosos á la sombra de los raquíuticos arbustos de la montaña. (V. el grabado de la pág. 221). Por desdicha no hay agua, y el suelo, sumamente pedregoso, apenas nutre un grande euforbio arborescente, de aspecto pintoresco y salvaje.

En la pendiente por donde vamos á descender, el paisaje es más frondoso y alegre. A cada instante emprenden el vuelo bandadas de codornices, francolines y pintadas, y todos caminamos gozosos hacia el campamento en que S. Ilma., que va á la vanguardia, ha fijado su tienda. Aunque falta el agua, y no nos ofrece su abrigo bosque alguno, nos detenemos porque se acerca la noche, y no podemos ir ya más lejos.

Mas he aquí que las nubes que cubrían el cielo se



resuelven en lluvia, suave al principio, pero cada vez más fuerte. ¿Qué va á ser de nosotros, pues no hay aquí un árbol ni arbusto donde guarecerse? Poco á poco el agua apaga la hoguera, y los bagajeros, reunidos en grupos, reciben el chaparrón en las espaldas: algunos de ellos, más familiares, entran en nuestra tienda, y quedan dormidos. No cesa de llover en toda la noche.

## XII.—En Gondja

*Un campamento masaia.—La aldea de Gondja*

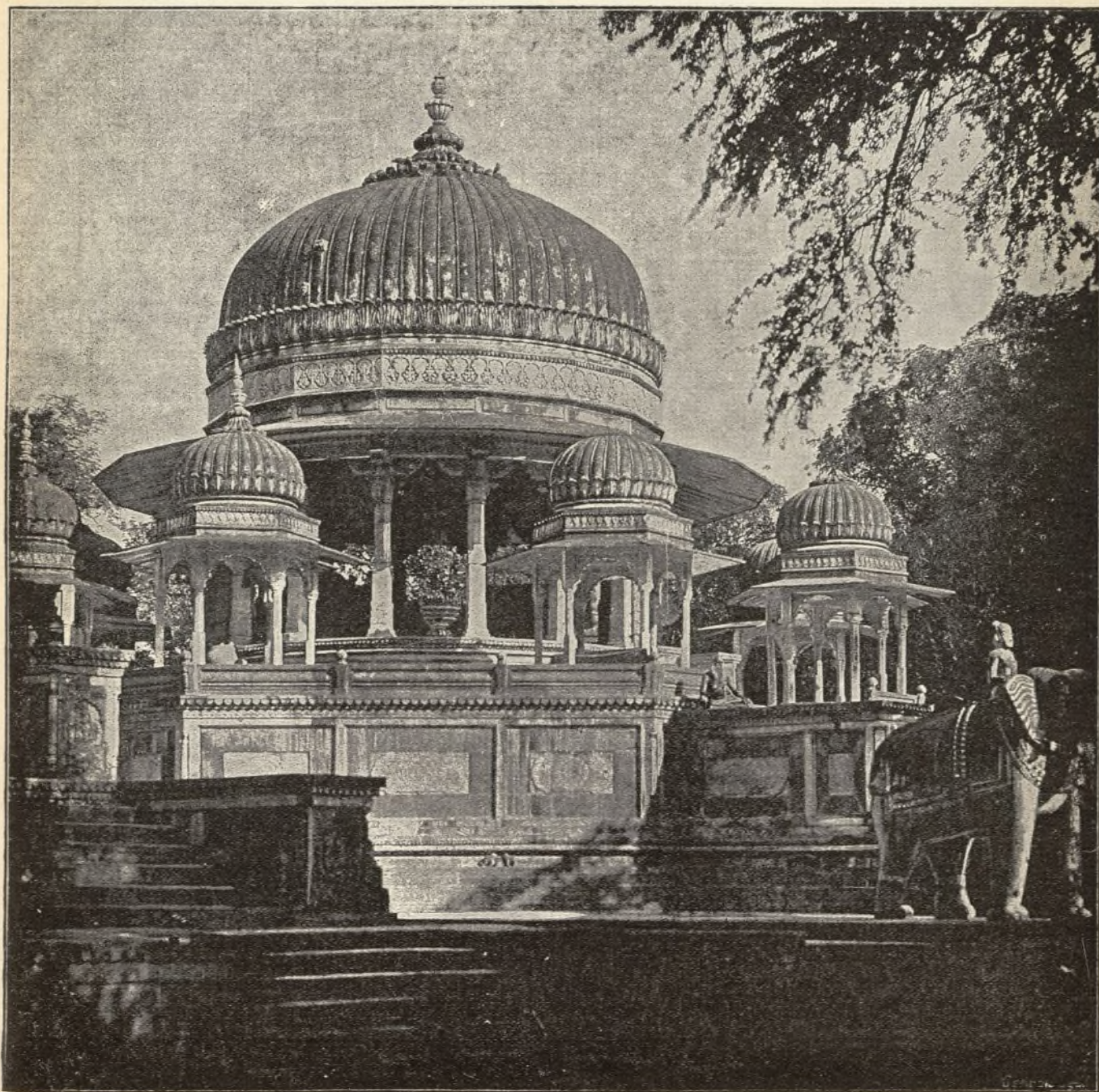
El despertar, para los que han dormido, no se hace aguardar mucho; ni el fin del desayuno ni los preparativos de marcha: todos desean mover sus miembros mojados y entumecidos.

Poco á poco se serena el cielo, y vemos á nuestro

frente las montañas de Paré levantándose como un muro gigantesco. (*V. el grabado de la pág. 224*).

A lo lejos aparece como una larga cinta blanca que se destaca entre el verde sombrío de los bosques: dicen que es el Mkomazi, que forma una cascada, y que debemos vadear hoy para llegar á Gondja. La llanura que ahora atravesamos es constantemente la misma, negra y miserable.

El guía vuelve á la carga con el temor de los masaias; pero desde que se le vió tan agitado á la sola vista de un poco de boñiga de sus vacas, ha decaído en el concepto de todos, y ya no se le hace caso... Sigue el camino malhumorado y refunfuñando: de pronto se detiene, y con la mano nos señala una línea rojiza, que se mueve á lo lejos al través del claro bosque de acacias. Detrás de él la caravana se detiene, pues esta vez



RAJPUTANA (*Indostán*).—Templo indio de Kotah. (*Pág. 226*)



son los bueyes de los masaías, que por centenares y miles siguen en interminables hileras.

Aguardamos á los rezagados, y proseguimos juntos la marcha, yendo al frente el guía, que entiende el masaia: junto á él va el Ilmo. Courmont y el P. Augusto, yendo yo á la retaguardia detrás del último bagajero. Al llegar al campamento, el guía saluda, le contestan, y pasa la caravana...

Lugar es éste de manifestar que es muy distinto el joven guerrero masaia en expedición, del que hasta ahora sólo hemos visto las huellas, y el masaia en su acostumbrado campamento, con los ancianos, niños y mujeres, tal como los encontramos hoy.

Como el talante de estos famosos piratas del desierto parece pacífico, y su encuentro es para mí tan interesante, no puedo resistir el deseo de mezclarme con ellos, sin otra arma que un palo y con la sonrisa en los labios. Inmediatamente me rodean. ¡Qué salvajes tan apuestos! Nunca se han exhibido otros iguales en las ferias de Europa. Delante de sus tiendas de pieles algunas venerables matronas, vestidas de cuero y llenas de adornos de cobre y hierro, están descuartizando un carnero, y por poco me invitan á comer. Los muchachos que por allí juegan me miran con curiosidad y algún recelo, mas no así los autores de sus días, que sin duda tienen de mi persona impresión más favorable, y cuando el guía, asustado de la ligereza con que entro en relaciones con gentes que no conozco, viene á buscarme con autoridad severa, nos separamos con evidentes muestras de una admiración recíproca.

Al cabo de una hora llegamos á Gondja.

Gondja es una villa populosa al pie de las montañas de Paré, casi en el centro de la cordillera, y en el camino muy frecuentado de Pangand al Kilima-Ndjaró y al país masaia. Al Este corre el Mkomazi, riachuelo que se echa en el Ruvo, un poco antes de Mauri, y que á lo lejos, en el monte vemos caer en cascada. Las riberas formadas por un humus lentamente acumulado por los siglos, recuerdan por su fertilidad el valle del Umba, presentando los mismos restos de bosques, idénticos bananos, cultivos y verdor.

Interponiendo el río entre nosotros y la posible indiscreción de los masaías, nos instalamos en la opuesta orilla, junto á la población.

Está fortificada ésta con una empalizada de troncos de árboles, entremezclados con matas y euforbios, de esos euforbios-lianas cuya savia abundante y en sumo grado corrosiva se desprende al más pequeño golpe que se le dé, y cayendo en los ojos del asaltante, lo ciega y reduce á la impotencia. (*V. el grabado de la pág. 232*).

Las casas, en las que reina poco aseo, unas son redondas como en el interior del Africa, y otras cuadradas como en la costa. La razón es que esta ruta de Pangani es el límite hasta donde penetra el Islamismo, la última etapa en que se ve la larga camisa blanca, símbolo de la civilización musulmana, peor que el salvajismo de los negros. Sea como fuere, la población actual, que ha conquistado el país á los parés, se compo-

ne de ziguas y sambaras, habla el swahili, mezcla alguna tintura de Islamismo en sus añejas prácticas africanas, y obedece á Muasi, uno de los hijos de Sembodya, que reside más abajo en Mazinde y es el jefe más notable de Sambara. Este Muasi se halla actualmente en la costa y sólo vemos á su akida ó lugarteniente, circunstancia por la que en lugar de un buey sólo tendremos un carnero. El caso es que si se recibe un buey, la costumbre exige que se regale por valor de un buey; si un huevo, por valor de un huevo, y si nada, nada.

Sin embargo, no deja de haber excepciones, y á veces uno se siente movido á hacer regalitos. Por ejemplo, al anochecer nos visitan tres mocetones masaías, uno de ellos de más de seis pies de alto, y de miembros vigorosos como piezas de hierro, empuñando descomunales lanzas, y cubiertos los hombros con piel de becerro. Dícenos que hace cinco ó seis días tomaron un buey, y han ido á hacer un festín en el bosque como buenos camaradas. Hoy del animal no queda otra cosa que la piel, que traen arrastrando, y habiendo sabido que había blancos en el país, vienen á visitarnos. En un momento han cruzado el río, y helos ya en nuestro campamento, mirándolo todo con gran curiosidad y mal disimulada codicia. Luego hacen ejercicios gimnásticos, acompañados de un canto singular. Al cabo de diez minutos de una danza sencilla y salvaje, nuestro guía cuelga al cuello de los jóvenes un trozo de lienzo rojo, mientras da á los dos niños que les acompañan algunas perlas azules. Tal fué nuestra primera entrevista con esa extraordinaria tribu de los masaías.

## VIAJE AL SINAÍ

POR EL R. P. MIGUEL JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

### XXII

#### El convento de Santa Catalina.—Su historia

LA mitad del camino entre el-Vatyeh y el Sinaí, en muy vasto ensanchamiento del valle, vemos á izquierda una cupulita blanca que resalta como un punto luminoso en las negras montañas.

—¡Nebi Saleh, exclaman los camelleros adelantándose y dejándonos seguir solos el camino con el muchacho.

Nebi Saleh es el lugar de oración más venerado por los beduinos de la península después del Sinaí. Cada año por el mes de Mayo acuden en gran número á este sepulcro del cheik-Saleh, y celebran su fiesta con ofrendas, sacrificios, festines y danzas, en que aun las mujeres pueden tomar parte. No se sabe á punto fijo quién era el personaje á quien se dedican estos festejos.

Detrás del Nebi principia el grande uadi Sa'al el camino de A'kabah, y muy probablemente la ruta de los hijos de Israel cuando al regreso del Sinaí, divagaron por los desiertos del Este y del Norte.

El Sinaí sólo dista dos leguas. Todo se presenta más imponente y solemne; el uadi es cada vez más vasto y



llano, y más eucumbrados los montes. Por último, el valle se dirige hacia el Sudoeste al encuentro del uadi Sebaiyeh, que viene del Mediodía, y al momento aparece la santa montaña, cuyas múltiples cimas se levantan verticalmente con sublime majestad.

Termina el uadi al pie de la montaña, ó más bien se bifurca en la misma. Al Norte se ensancha en la magnífica llanura d'er-Rahah, donde el pueblo de Israel fué á plantar sus tiendas, y penetrando al Mediodía entre prodigiosas murallas de rocas, forma el angosto y sombrío uadi ed-Deir, donde está construido el convento de Santa Catalina. Desde la entrada del valle se ven á un kilómetro y medio las tapias del huerto, y, á través de los árboles, las gruesas murallas del monasterio. (*V. el grabado, pág. 236*).

Vamos á pedir hospitalidad á los monjes griegos cismáticos, para los ocho días que emplearemos en visitar el Sinaí y sus alrededores.

El P. Geramb, en 1832, asido á una cuerda y levantado por un torno, penetró en el convento por una abertura practicada en el muro á diez metros de elevación. Esta era la regla para todos los viajeros, pues la puertecita del convento estaba siempre tapiada, y no se abría sino para recibir al Patriarca de Constantinopla. Hoy el viajero no se ve obligado á hacer esa gimnástica: pone sus cartas de recomendación en el cesto que bajan por la abertura, y si ellas satisfacen se le abre la puerta.

Tuvimos que aguardar mucho tiempo el resultado del examen de nuestros documentos. Era la hora de la distribución del pan á los beduinos. Había unos cincuenta entre hombres, niños y mujeres al pie de la muralla. Cada uno por turno depositaba su pobre pañuelo ó un trapo cualquiera, que le arrojaban luego de envolver en él su ración de pan. Los hombres y los niños recibían tres panecillos negros del tamaño de una naranja y de forma irregular, y las mujeres sólo dos. A semejante distribución únicamente tienen derecho los dжебелйеhы, y se hace en días alternados.

Por fin, una gran puerta nueva se abre entre el convento y el huerto, y entramos con nuestros beduinos y camellos en el patio lateral. Un religioso con traje negro y cinturón de cuero nos introduce en el convento por una puerta baja.

La entrada tiene un no sé qué de misterioso: es una angosta y oscura galería, abierta en Z en el espesor de enormes murallas, y provista de una segunda puerta de hierro á la primera vuelta. Al salir de este túnel se atraviesan dos patios, y finalmente por una antigua escalera exterior se llega al departamento de los extranjeros: una capilla abandonada, reservada en otro tiempo á los peregrinos latinos, una cocina y tres ó cuatro aposentos forman toda la hospedería.

Según la tradición más antigua, el convento está edificado en el lugar mismo donde Dios habló á Moisés en medio de la zarza ardiendo (1).

Santa Silvia vino á él bajando la santa montaña, á

la que había subido por la parte opuesta, y encontró una iglesia y muchas moradas de monjes, una fuente, un huerto y una iglesia en la que hizo celebrar la Misa. «Así, pues, dice, después de haber bajado la montaña de Dios llegamos á la zarza á cosa de las diez. Es la zarza de que ya hablé, desde la que el Señor habló á Moisés. Hay allí varios monasterios y una iglesia. Delante de ésta hay un huerto muy ameno y una abundante fuente de excelente agua: la zarza está en el mismo huerto. Mostráronme muy cerca el lugar que ocupaba Moisés cuando Dios le dijo: «Desata la correa de tu calzado, etc. (1).»

Una inscripción árabe del siglo XII ó XIII, declara que Justiniano edificó el recinto fortificado para proteger la iglesia y los monjes contra las tribus bárbaras de la comarca.

Durante la invasión musulmana los Religiosos, protegidos por un edicto de Mahoma, se libraron de las matanzas y violencias de los nuevos sectarios. Refiérese que obtuvieron este edicto del falso profeta en recompensa de la caritativa hospitalidad que le dispensaron en uno de sus viajes.

Parece que no siempre los musulmanes han obedecido el decreto de su jefe. Lo cierto es que los monjes no se han fiado mucho de su benevolencia, y que por temor llegaron á edificar una mezquita en el recinto del convento, al lado de la iglesia. El edificio parece ser del siglo XV.

Esta mezquita con su alminar está todavía en pie, para vergüenza de estos infelices monjes cismáticos, que no se atreven á destruirla ni á repararla, y que la utilizan como granero hasta que se derrumbe por la acción del tiempo. Parece, sin embargo, que nada tienen que temer del fanatismo musulmán. Desde hace muchos siglos los dueños de Egipto no han cesado de mostrarles especial benevolencia, y los sultanes de Constantinopla, á su advenimiento al trono, les envían cartas de protección en recuerdo del edicto de Mahoma, y en reconocimiento del bien que hacen á las tribus de la península, no menos que por la veneración de los mismos musulmanes á los santos lugares que custodian dichos Religiosos, que gozan, además, de la protección particular y activa de Rusia.

Cierto día manifestamos á algunos Religiosos nuestro asombro porque, al cabo de tantos siglos, ninguno de los dжебелйеhы, protegidos y alimentados por el convento haya vuelto á la antigua fe de sus padres, á la de sus bienhechores y dueños.

—¿Por qué no les instruí y exhortái á salir de sus tinieblas? Los peligros de otras épocas no existen ya bajo el régimen de tolerancia del moderno Egipto.

—Estos peligros pueden reaparecer de un día á otro, nos contestaron, y entonces ¿quién nos defendería? Bien lo vimos cuando la rebelión de Arabí: á durar más tiempo, todos hubiéramos muerto asesinados.

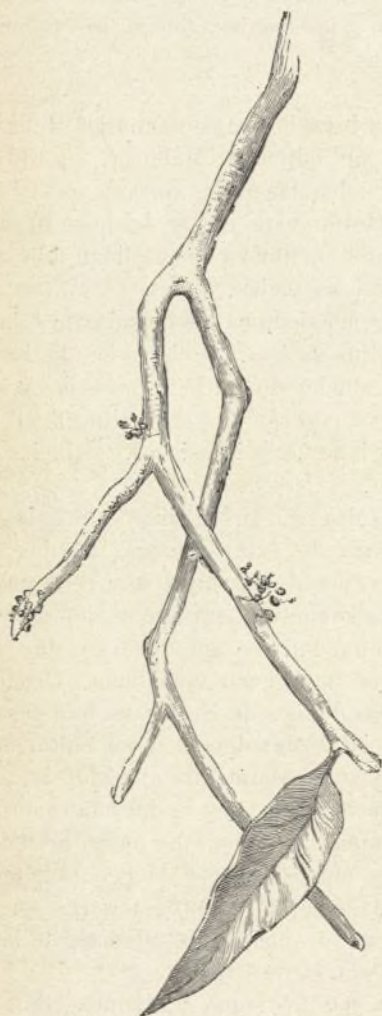
Los Religiosos del Sinaí, mientras permanecieron fieles á la fe católica, fueron objeto de la paternal solici-

(1) Exod. iii.

(1) Exod. iii, 5.



tud de los Papas. Entre las cartas de San Gregorio el Grande (590-604) hay una dirigida á Juan, abad del Monte Sinaí, en la que el humilde Pontífice se recomienda á las oraciones de los monjes, y dice les envía muebles para el hospital que un extranjero había edificado en Sinaí ó sus alrededores. En recuerdo de los beneficios del Padre Santo, los Religiosos celebraban todos los años su fiesta con gran solemnidad, como refiere Rodolfo, vicario de Suchen en Westfalia, en el relato de su peregrinación (1336-1341). Honorio III, por una bula de 6 de Agosto de 1218, confirma al Abad del Sinaí y al obispo Simón en la posesión de la santa montaña, del convento, situado al pie de Roboé (los huer-



AFRICA ORIENTAL.—Euforbio-liana ó liana cegante.  
Liana, flor y fruto: una hoja. (Pág. 230)

tos del monte Rabbeh), Fucra (desconocido), Liiah (el uadi Ledja), Raythu (Thor), con sus plantaciones de palmeras y muchas otras tierras, iglesias, casas, hospitales, etc., situados en el Cairo, Alejandría, Kerah, Jerusalén, Acre, Jafa, Damasco, Antioquía, etc. En varios documentos que han llegado hasta nosotros, el mismo Pontífice toma la defensa del Obispo del Sinaí y de los Religiosos contra el Arzobispo de Creta y de su Capítulo.

El último acto pontificio que atestigua la unión de los Religiosos del Sinaí con Roma, y de que tenemos noticia, es una carta de Inocencio VI, del 16 de Diciembre de 1260, dirigida á los Hermanos y Obispos

del Sinaí, en la cual el Pontífice confirma la Regla y las posesiones del monasterio.

En 1483 habían ya caído en el cisma griego, pues trataron como excomulgados al dominico Félix Fabre y á los nobles alemanes, sus compañeros de viaje, porque pertenecían á la Iglesia romana.

Estas fechas y la historia de la época nos hacen creer que el Arzobispo y los monjes del Sinaí fueron arrasados en la recrudescencia del cisma griego que siguió al Concilio de Florencia.

El convento tuvo sucesivamente varios nombres. Al principio del siglo IX se le llamó convento de Santa María, sin duda para recordar á los fieles que la zarza ardiendo, cuyo sitio señala, fué figura de la virginidad de María conservada en la concepción del Verbo: *Rubum quem viderat Moyses incombustum, conservatam agnovimus tuam laudabilem virginitatem*, canta la Iglesia en el Oficio sabatino de la Santísima Virgen.

En los siglos siguientes se le llamó monasterio de la Transfiguración, del nombre de su espaciosa iglesia consagrada á este misterio. La Transfiguración en el Tabor responde efectivamente en la nueva ley á las manifestaciones divinas del Sinaí. Jesús, Moisés y Elías vinieron á anunciar en el Tabor la consumación de la ley y de las profecías promulgadas en el Sinaí. Una y otra montaña vieron la gloria de Dios en su cumbre y tuvieron las mismas ilustraciones: Moisés, Elías y Dios que les habla.

Hoy la devoción especial de los monjes y rusos á la ilustre Mártir de la que este monasterio guarda las reliquias, llevadas por los Angeles á una cumbre vecina, ha hecho prevalecer el nombre de convento de Santa Catalina.

#### LAS ESCUELAS INDIAS EN LOS ESTADOS UNIDOS.

EL Rdo. J. A. Stephan, Director del *Bureau* de las Misiones católicas indias, ha presentado al general Whittlesey, secretario del *Board of Indian Commissioners*, su informe anual acerca de las escuelas de indígenas que están á cargo de maestros católicos.

Empieza el reverendo señor diciendo que el número de dichas escuelas para internos es de 39, y el de sus discípulos 3,265. Las escuelas para externos son únicamente 13, y los que en ellas se educan no exceden de 292. Para la manutención de todos estos planteles de enseñanza el Gobierno ha dado 369,535 pesos. A estas escuelas se deben añadir otras cinco para las que el erario público no desembolsa ni un centavo, no bajando de 50,000 pesos lo que los mismos católicos invierten en sufragar los gastos de maestros y discípulos.

Veinticinco años de experiencia han probado satisfactoriamente lo bien que ha obrado el Gobierno en tener escuelas por contrato. Ese contrato lo hicieron con el poder civil no sólo los católicos, sino también los protestantes. Mas ahora se ha levantado un grito atrona-



dor para que se rescinda todo contrato, se despida á toda persona religiosa, y se entreguen á seglares las escuelas indias, pues dicen que para enseñar y educar á indios basta y sobra el sistema de escuelas públicas, según el cual el Catecismo debe ser eliminado de la escuela. No es por cierto el elemento mejor de la sociedad americana el que manifiesta tales deseos. Fanáticos de la peor calaña son los que abogan por el cambio en cuestión. No es el desinterés lo que los anima, sino «designios ulteriores de un carácter prácticamente secular.»

Después de esto el Rdo. P. Stephan pasa á probar que es imposible civilizar al indio sin enseñarle la Religión, y que es imposible también, como lo demuestra la experiencia, que dicha enseñanza no sea más ó menos *sectaria*. Luego añade: «Desapruebo con todas las veras de mi alma los esfuerzos que se hacen ahora para volver no *sectarias* las escuelas indias, son esfuerzos fruto de la envidia y de la hipocresía, siendo su único objeto el de poner á la Iglesia católica fuera del campo de la educación y evangelización del indio, por más que haya conquistado en él gloriosos laureles, y sustituir á su influjo y enseñanza el influjo y enseñanza de otras denominaciones religiosas.»

Aquí el Rdo. P. Stephan cita muy á propósito las palabras del presidente Grant, quien invitó á todas las denominaciones religiosas para que le ayudaran á civilizar á los indios. Dijo así en la circular que expidió sobre el particular: «Siendo las Agencias indias oficios civiles, he determinado darlas á aquellas denominaciones religiosas que ya tenían misioneros entre los aborígenes, y también á aquellas que quisiesen encargarse de la obra bajo el punto de vista de *Missionary work*.» Así comenzaron las escuelas indias por contrato, las cuales, por lo que toca sólo á los católicos, les han costado hasta la fecha *un millón y medio* de pesos, habiéndose invertido dicha suma en levantar escuelas y surtir las con todo lo necesario y aun lo útil.

No hay que preguntar si el éxito ha correspondido á los deseos del general Grant. Las escuelas de indios dadas por contrato se han aventajado con mucho á las escuelas puramente seculares. No se podía esperar otra cosa de la emulación que existió desde un principio entre los maestros. Cada uno se propuso dar lustre y gloria á su respectiva denominación religiosa. De aquí el esforzarse porque la moral y los conocimientos humanos enseñados en la escuela nada dejaran que desear. De aquí también lo asiduo de la vigilancia, lo estricto de la disciplina, lo esmerado de la diligencia puesta en procurar aun el bienestar temporal de los alumnos.

Estas escuelas no se recomiendan menos bajo el punto de vista llamado económico. Lo que cada muchacho ó muchacha de tales escuelas le cuesta anualmente al Gobierno, es sólo de 108 á 125 pesos; mientras que cada muchacho ó muchacha de las escuelas regidas exclusivamente por él, le cuesta á

lo menos 300. «Es un hecho, escribe el P. Stephan, y los libros del *Bureau* indio lo atestiguan, que las escuelas del Gobierno (*entre indígenas*) han salido relativamente dispendiosas, y que algunas de ellas por otros motivos no han gozado de la mejor reputación.»

Así y todo, prosigue el reverendo señor, ciertos *anarquistas religiosos* no cesan de clamar contra el Gobierno, porque se deja arrancar por la Iglesia católica sumas cuantiosísimas del dinero de la nación, á fin de que pueda ella mantener sus escuelas *sectarias*. ¡Qué hipocresía y qué manera tan abyecta de mentir! Esos enemigos acérrimos del verdadero bienestar de los hijos de los bosques buen cuidado tienen de callar que el dinero en cuestión no es dinero público, sino dinero indio; que es un deber imperioso del Gobierno gastarlo en beneficio de los mismos indios y del modo más económico que sea posible; que sería una flagrante injusticia de parte de la Autoridad civil no tener en cuenta los deseos de esos infelices que han mostrado ya tantas veces sus preferencias por las escuelas católicas. Por más que clamen los *anarquistas religiosos*, el dinero de que hablan no es dinero de la nación, ni un solo centavo de él va á la Iglesia católica. Todo se emplea en pro de los mismos indios, quedando á cargo de los particulares pagar á los maestros y costear todo lo demás que se necesita para mantener una escuela.

«Pero, dicen nuestros enemigos, ¿no es injusto á todas luces que, mientras se conceden sólo pocos miles de pesos á las demás denominaciones religiosas que educan é instruyen á los indios, se den á los católicos, que ejercen el mismo oficio, sumas tan cuantiosas como la que va citada más arriba, á saber 369,535 pesos?»

A una objeción tan pueril responde el P. Stephan del





modo siguiente: «Esta diferencia se explica solamente por el hecho de que la Iglesia católica ha correspondido más liberal y extensamente que cualquiera otra denominación religiosa á la invitación del Gobierno, poniendo en juego y en mayor escala su caridad, su celo y su espíritu de organización. Si un individuo hospeda, da de comer y viste á 150 personas á razón de 3 pesos por semana, mientras otro individuo hace lo mismo sólo con 25 personas, ¿debe ser el primero tenido por ladrón porque su cobro monta á 450 pesos, al paso que el del segundo sube solamente á 75? El argumento de nuestros enemigos es sobremano ridículo.»

Indudablemente, la Iglesia católica, madre amante de las almas sin distinción de raza ni de color, tiene mucho interés en seguir evangelizando á los indios, «mas no es su intención, agrega el P. Stephan, cerrarles la puerta ó atajarles el camino á miembros de otras denominaciones cristianas. La Iglesia católica sólo halla extraño y deplora que ese movimiento *no sectario*, ó de secularización de las escuelas indias, no es ya inspirado por el amor que se le tenga al indio, sino por el odio farisaico que se le profesa á ella.» Y prosigue así: «¿Cuánto mejor sería adoptar el plan del general Grant, consistente en que se encarguen de los indios cuantas denominaciones religiosas se ofrezcan á hacerlo, se retribuyan sus servicios prestados á Dios, á la patria y á la humanidad, y se cuide de que el amor fraterno y la buena voluntad reinen entre los que se han consagrado á esa obra de cristianización y civilización americana!»

Concluye el informe del Rdo. P. Stephan con recordar al general Wihltlessey algunas palabras pronunciadas, hace tres años, en la Cámara de Representantes por Mr. Shively, de Indiana. Dijo así el honorable señor por más que no fuera católico, sino protestante hasta la medula:

«Señor Presidente, ¿qué mal puede hacer el sectarismo á las escuelas tomadas por contrato? Bajo dicho sistema las empresas y celo privados levantan las escuelas y las surten de todo lo necesario. Ni un peso de la suma dada para esas escuelas entra en el bolsillo del superintendente: ni un peso de dicho dinero se da al predicador, al sacerdote, al maestro, á los empleados, á los médicos ó facultativos. Cada peso de esa suma se gasta exclusivamente en dar de comer, vestir y abrigar á los niños indios, mientras éstos reciben la educación industrial, moral y religiosa.»

### AUDIENCIA CONCEDIDA POR SU SANTIDAD

AL ILMO. NAVARRE, MISIONERO DEL SAGRADO CORAZÓN

De una carta en que el Ilmo. L. A. Navarre, arzobispo de Ciro y vicario apostólico de Nueva Guinea, da cuenta de la audiencia pontificia, extractamos lo siguiente, que demuestra el interés con que mira León XIII todo lo referente á las Misiones.

**E**STA mañana he tenido audiencia con el Padre Santo. Deseaba ofrecerle algunos dardos, arcos y otras armas de Nueva Guinea, que el Ilmo. Verjus había dejado en Sydney. Mandé pintar y poner en un cuadro el retrato de dicho Obispo y el de un salva-

je. Con el Rdo. P. Jouet y mi secretario el P. Gustavo Peetera he ido al Vaticano á las once y media de la mañana. Después de esperar un rato, he sido introducido solo. Apenas entrado en su habitación, el Padre Santo me ha tendido los brazos diciendo:

—Acérquese V., Mons. Navarre, vicario apostólico de Nueva Guinea; acérquese V.

Después de las genuflexiones acostumbradas, Su Santidad me ha hecho sentar á su derecha: y en seguida me ha dirigido muchas preguntas referentes al estado de mi Misión, al carácter de mis salvajes, á nuestras dificultades, nuestros trabajos y los obstáculos que nos ponen los protestantes.

—¿Cuáles son las costumbres de vuestros salvajes? me ha preguntado el Sumo Pontífice.

—Nuestros salvajes, Beatísimo Padre, tienen muy buenas costumbres, y podemos asegurar que son mejores que las de las ciudades de nuestros países civilizados.

—¿Existe entre ellos la poligamia?

—Guardan, por lo común, la unidad del matrimonio, Beatísimo Padre; sin embargo, por excepción algún individuo tiene dos mujeres.

—La unidad del matrimonio y las buenas costumbres son ciertamente condiciones que favorecen su conversión. Pero, dígame V., ¿sus salvajes no les causan daño alguno? ¿no les persiguen como hacen los mandarines en China?

—No, Padre Santo, los salvajes que nosotros evangelizamos son pacíficos; podemos ir por todos sus pueblos con entera seguridad, hasta por aquellos más lejanos en donde no nos conocen, lo cual era, sin embargo, muy diferente en los principios. A veces nos quedamos en sus casas día y noche sin que nos den motivo de queja.

—¿Son hospitalarios?

—La hospitalidad es su carácter distintivo, Beatísimo Padre; todos los extranjeros europeos ó salvajes, que no manifiesten dañados intentos, son recibidos con cariño. Todo extranjero que les pida hospitalidad, es protegido por ellos, y si algún otro pueblo quisiese atacar á este extranjero, le defenderían.

—¿Cuáles son las dificultades que encontráis en su conversión?

—Por parte de nuestros salvajes no encontramos ninguna resistencia, ni hostilidad, cuando se sabe ganar su confianza. Cuando un misionero se ha instalado en un pueblo, le presentan los recién nacidos para bautizarlos, lo mismo que los moribundos, que rara vez rehusan el bautismo antes de morir. Poco á poco obtenemos que todos asistan á nuestras instrucciones, por lo menos el domingo. Su conversión sólo es cuestión de tiempo.

—Cuando están bautizados, ¿acuden gustosos á la iglesia para asistir á los Oficios Divinos?

—Vienen de buena gana á los Divinos Oficios y algunos asisten también antes que se les bautice, guardando recomendable compostura.

—¿Cuáles son los protestantes que están cerca, los alemanes ó los ingleses?

—Los ingleses, Beatísimo Padre.

—¿De qué secta?



—Son los ministros protestantes de la Sociedad Bíblica de Londres, y en otra parte de nuestro vicariato tenemos á los wesleyanos.

—¿Hacen prosélitos?

—Algunos salvajes se les muestran amigos, pero no convierten á ninguno. Indisponen sobre todo á los salvajes contra nosotros con calumnias, dificultando nuestra tarea.

—¡Ah, sí! ha exclamado el Papa, y ¡tienen medios á su disposición! ¿Cuáles son vuestros recursos?

—Nosotros, Beatísimo Padre, no tenemos otros que los que nos envía la Obra de la Propagación de la Fe, la de la Santa Infancia, y algunos amigos piadosos.

—¿Son suficientes?

—Debemos contentarnos, Beatísimo Padre, porque en Australia todo está muy caro y hemos de vivir de sacrificios. Sin embargo, empezamos á procurarnos algunos recursos por medio de la agricultura y de los animales más útiles.

—¿Es buena la tierra? ¿Se la puede hacer producir algo?

—Sí, Padre Santo, la tierra es excelente, y podemos cultivar todas las plantas de los trópicos.

Entonces he presentado á Su Santidad dos cuadros pintados; el retrato del Ilmo. Verjus, el de un salvaje, y algunas armas de los salvajes. El Sumo Pontífice, que recuerda perfectamente á nuestro querido Padre, me ha contado con cierta satisfacción toda la conversación que tuvo con el Ilmo. Verjus algún tiempo antes de su muerte.

—Me acuerdo, ha dicho, de este joven Obispo, quien me hablaba con entusiasmo de los salvajes de Nueva Guinea, del bien que había hecho allí y del cariño que los salvajes le tenían.

—Verdaderamente es así, Beatísimo Padre, yo fui testigo de todas estas cosas.

—Me hablaba también de sus esperanzas.

—El debía acompañar muchos misioneros, como Vuestra Santidad lo había mandado. La muerte le sorprendió poco después.

—¿En dónde ha fallecido?

—En Oleggio, en el Piamonte. Allí nació y fué bautizado; é iba á dar gracias á Dios en esta ciudad por la gracia bautismal que allí había recibido; al llegar cayó mortalmente enfermo.

—¿Era V. su coadjutor?

—Sí, Beatísimo Padre.

—¿Piensa V. pedir otro?

—Mi salud ha mejorado mucho, y creo que por algún tiempo no será necesario.

—¿Es muy malo el clima?

—Sí, Padre Santo, en un año hemos perdido cinco misioneros y casi continuamente nos encontramos enfermos con calentura: entre los que han ido allá, después de mi salida de Nueva Guinea, uno de ellos falleció poco después de su llegada á Puerto León. De los treinta misioneros pedidos por Vuestra Santidad, ya han ido catorce.

—¡Muy bien, muy bien!... ¿Piensa V., monseñor, llevar otros?

—Espero conducir quince ó veinte para completar los treinta.

—¡Muy bien, muy bien!

Hablándome así ha transcurrido media hora. Como yo anhelaba que le fuesen ofrecidos los cuadros, y el P. Jouet y mi Secretario deseaban recibir la bendición del Papa, le he dicho:

—Beatísimo Padre, ¿quiere Vuestra Santidad permitir que el Rdo. P. Jouet y mi joven Secretario reciban su bendición?

Apenas pronunciadas estas palabras, la puerta del salón se ha abierto para dejar pasar al P. Jouet y al P. Gustavo Peeters, llevando cada uno un cuadro bastante grande, y al mayordomo que tenía en su mano un paquete de arcos, flechas y otras armas.

—Venga V., venga V., P. Jouet; venga V., señor Secretario, ha dicho el Papa sonriendo.

—Padre Jouet, ¿qué me trae V.?

—El retrato del Ilmo. Verjus que el Ilmo. Navarre mandó pintar para ofrecerlo á Vuestra Santidad.

—Póngale bien á la luz para que yo le vea. Sí, es él. ¡Qué Obispo tan bondadoso! Había venido aquí para verme: ¡muerto tan joven!

—El Ilmo. Verjus fué quien entró primero en Nueva Guinea, y celebró allí la primera Misa el día de San Ireneo, en una choza de paja, sin más adorno que la bandera del Sagrado Corazón.

—Y aquel otro cuadro ¿qué representa?

—Es el retrato del primer salvaje que vió el ilustrísimo Navarre y fué bautizado después por el mismo.

—Y la Casa de Roma ¿enviará algún misionero para completar los treinta que he pedido?

—Beatísimo Padre, ha contestado el P. Jouet, esta mañana tres escolares de la casa de Roma han celebrado la primera Misa, y arden en deseos de acompañar al Ilmo. Navarre. Otros muchos que todavía no son sacerdotes desean lo mismo, y el joven Secretario, aquí presente, se propone partir con S. Ilma. y será tanto más útil, porque, entendiendo en construcciones, podrá edificar iglesias en Nueva Guinea.

El Padre Santo se ha dirigido directamente al Padre Gustavo, diciéndole:

—¿Le gustan á V. las Misiones?

—Sí, Santísimo Padre, es el deseo más ardiente de mi corazón.

Poniéndome luego de rodillas, he rogado al Santo Padre bendijera á toda nuestra Congregación, á nuestros misioneros y á sus bienhechores; que bendijera la Casa de Roma y á todos los que se dedican á las Misiones.

El Rdo. P. Jouet ha pedido una bendición particular para los misioneros que me acompañarán en la próxima partida.

Después el Santo Padre me ha dicho:

—Le encargo á V. bendiga en mi nombre á todos los misioneros de Nueva Guinea.

A continuación nos ha dado gracias por el regalo de los cuadros y las armas.

Esta audiencia, que duró media hora, ha sido para nosotros de un gran consuelo. Era cosa maravillosa ver al Papa, sobre quien pesa el cuidado de la Iglesia universal y está ocupado con tantos y tan difíciles negocios, dejar un momento las noventa y nueve ovejas, esto es, su rebaño, para cuidarse de una sola. Se hubiera dicho



que el Sumo Pontífice no tenía más que un asunto en que ocuparse, de Nueva Guinea, sus habitantes y sus misioneros. Viéndole enterarse familiarmente de los más pequeños detalles que pueden interesar á una Misión, se hubiera dicho que era un padre de familia que hablaba á uno de sus hijos preguntándole por otros hijos ausentes, por su salud, por sus trabajos, etc., etc.

Luego hemos ido, como es costumbre, á visitar al Emmo. Cardenal Rampolla, secretario de Estado, quien nos ha hablado también con frases conmovedoras del Ilmo. Verjus y de las obras de nuestra Congregación.

## TIERRA SANTA

BERITO

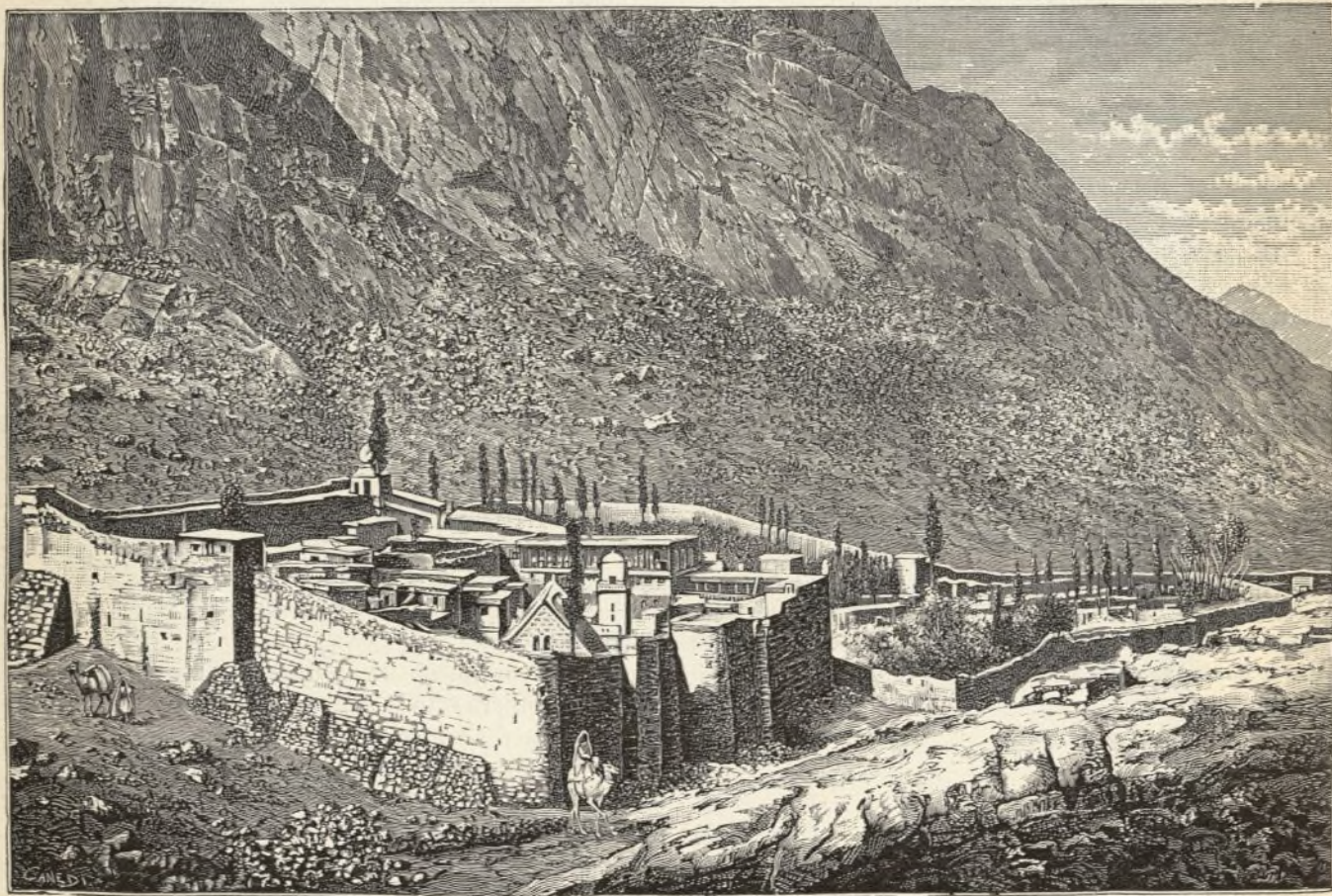
**D**ESDE Saida escribe con fecha 20 de Febrero último el Rdo. P. Fr. Angel Ullibarri, menor observante:

«No faltan autores que hacen remontar el origen de Berito hasta los tiempos de Gergeseo, quinto hijo de

transformado después, acaso por los árabes, en el Beirrut ó Bairut, como escriben ellos.

«He dicho que fundaron en ella los romanos una colonia, debiendo añadir que llegó en poco tiempo á un estado sumamente floreciente. Los emperadores la miraron siempre con predilección, y derramaron á manos llenas sus tesoros, ó los de las naciones conquistadas, para embellecerla más y más, y los sabios de aquella época la declararon centro de sus estudios y punto de cita de sus asambleas científicas. De esta suerte llegó su Universidad á ser la más célebre de Oriente, distinguiéndose tanto en el ramo de jurisprudencia, que Justiniano no dudó en llamarla madre y nutriz de las leyes.

«Herodes el Grande la hermoseó también con un magnífico templo y otros suntuosos edificios; mas este acto de su reconocida munificencia quedó oscurecido allí mismo por otro de su no menos notoria crueldad. Allí fué, en efecto, en donde acusó como conspiradores contra su vida y reino á sus propios hijos Alejandro y Aristóbulo, y habiéndolos hecho condenar á muerte mandó



ARABIA.—Convento de Santa Catalina, en el Sinaí. (Pág. 231)

Canaán, atribuyéndole su fundación y aun su denominación primitiva de Geris. Sin detenerme á discutir tal opinión sólo diré que, en la remota antigüedad á que se refiere, lleva suficientemente estampado el sello de lo incierto. Los romanos fundaron en ella una colonia y cambiaron su nombre por el de Félix Julia, en honor de la hija de Augusto. El nombre, sin embargo, con que fué más conocida de los antiguos fué Berytum,

estrangularlos en la ciudad de Sebaste, en la Armenia. Esta inhumana conducta de aquel monstruo hizo decir á Augusto al tener de ello noticia: «era mejor ser cerdo... que ser hijo de Herodes.»

«Aun más que éste se señaló Agripa el Mayor, como refiere Josefo, no perdonando fatigas ni gastos, por enormes que fuesen, para hacer de Berito una de las más hermosas ciudades de Oriente. Elificó teatros, anfitea-



tros, baños y otros edificios tan suntuosos, que casi la hacían parecer una segunda Roma. Guillermo, arzobispo de Tiro, dice que esta ciudad no solamente se regía por las leyes mismas de la capital del Imperio, sino que había obtenido de Augusto el privilegio, rara vez concedido á otras ciudades, de poder enseñar las leyes de los romanos.

«Después de tanta prosperidad y de privilegios tantos, comenzó pronto á decaer cuando dejó de ser colonia romana, hasta que al fin quedó arruinada por completo á consecuencia de un terremoto en el año 566 de la era cristiana. No tardó mucho en ser reedificada, mas no recuperó jamás el lujo y esplendor antiguos. Habiendo caído después bajo el férreo yugo sarraceno, concluyó de perder el poco renombre que hasta entonces había conservado. Los cruzados se apoderaron de ella en 1104, después de dos meses de asedio, pero cayó de nuevo en poder de los árabes poco después de la famosa batalla de Tiberíades. En 1196 fué otra vez recuperada por los soldados de la Cruz, mas al poco tiempo la volvieron á perder para no reconquistarla tan pronto. El único recuerdo que queda de aquellos tiempos es la catedral de San Juan Bautista, convertida en mezquita por los secuaces de Mahoma.

«En la actualidad, cuenta Berito unos 100,000 habitantes, y en su parte nueva, que es la principal, contiene algunos edificios públicos bastante notables. Es suntuosa también y digna de particular mención la célebre Universidad de los muy reverendos Padres Jesuitas, que ciertamente tendrá muy poco que envidiar á las mejores de Europa. Además de este centro de enseñanza, hay también varios colegios y gran multitud de escuelas católicas. Reside en ella el Delegado apostólico de Siria, y hay además Obispo griego-católico, siriano-católico y maronita. En el puerto se han verificado grandes obras para hacerlo cómodo y seguro, y todavía siguen trabajando en él con grande actividad.

«El camino de hierro que la unirá con Damasco antes de terminar este año le dará todavía más importancia, aumentando considerablemente su comercio de importación para el interior y de exportación para Europa.

«Concluiré diciendo que es una de las ciudades más importantes de Oriente, así por su población como por su comercio y aun por su ilustración. Es, en fin, una ciudad casi europea, pues hasta tiene alumbrado de gas (!!!) cosa que no he visto en ninguna otra.»

## HEROÍSMO DE UN NIÑO JAPONÉS

**D**E una relación escrita por el Ilmo. Osof, arzobispo de Tokio, sobre el martirio de las dos familias japonesas Minami y Taketa, que ocurrió durante la persecución de 1603, tomamos los párrafos siguientes:

«Cuando ataron á Magdalena, mujer de Juan Minami, á la cruz, aquélla dió gracias á Dios por el tormento que le hacían padecer. Su hijito Luís, al ver que ataban á su madre, fué por sí mismo á presentarse á los verdugos para que le ataran también á la cruz. Alguno hubo de preguntarle:

«—¿No temes la muerte? Ya la tienes muy cerca.

«—No, contestó el muchacho, no la temo; quiero morir como mi madre.

«Entonces le cogieron los verdugos y le ataron á su crucesita, que fué colocada frente por frente de la de su buena madre. Como le ataban con alguna dureza, el niño dió un grito que enterneció tanto al presidente que no pudo detener las lágrimas, y mandó que le desataran las ligaduras. Este pequeño inocente, estando elevado en el aire, tenía los ojos fijos en su madre, y ésta también en su hijo. La madre le decía:

«—Hijo mío, nos vamos al cielo; ten mucho valor; di siempre: ¡Jesús, María!

«El niño iba pronunciando estos santos nombres y la madre los repetía, formando ambos un concierto de piedad que debía arrobar á los Angeles, al mismo tiempo que hacía saltar las lágrimas de los ojos á todos los concurrentes.

«Cuando hubieron pasado algún tiempo en esta situación, un verdugo levantó la lanza y la llevó al costado de Luisito; habiendo resbalado el hierro, no le dió. La madre gritó al instante:

«—Hijo mío, Luís, ten valor; di: ¡Jesús, María!

«¡Admirable cosa! El niño no dió ningún grito, no derramó ninguna lágrima, no dió ningún signo de dolor, y esperó serenamente que el verdugo repitiera el golpe. Esta vez acertó, le atravesó de parte á parte.

«Así fué sacrificado este corderito. El verdugo que acababa de ejecutar á Luisito se acercó á la madre con su lanza, cuyo hierro estaba todavía caliente y chorreando sangre de la inocente víctima. La primera lanzada no penetró y debió de causarle vivo dolor. Magdalena seguía invocando á Jesús y María; pero pronto una segunda lanzada la reunió á Juan, esposo suyo, cuyas pruebas en esta tierra había compartido, como también la muerte por el martirio. Magdalena tenía treinta y tres años.»

## CRÓNICA

**España.**—Una señora piadosa de Almería escuchando atentamente la exhortación que aquel ilustrísimo Prelado dirigió el 3 de Diciembre con motivo de la Obra de la Propagación de la Fe, preparó unas prendas sencillas para los pobres niños salvajes de nuestras colonias de Fernando Poo, y á continuación copiamos la carta en que se acusa recibo de ese donativo:

«Ilustre señor Secretario de Cámara del Palacio episcopal de Almería.

«Muy señor mío de toda mi consideración y afecto: Tengo la satisfacción de participar á V. que se ha presentado en ésta una piadosa señora perteneciente á una Asociación benéfica de esa ciudad, la cual ha entregado siete hermosas prendas de ropa para cubrir á nuestros desnudos negros de Fernando Poo; lo que me apresuro á comunicarle para satisfacción de V., de la piadosa donante y demás señoras asociadas.

«¿Cuánto se alegrarán los pobrecitos negros!

«—¿Cómo es posible, Padre, preguntan á veces, que las señoras de España nos amen sin conocernos? *Mudjana Potó.*

«—Las señoras blancas son muy buenas, dicen.

«Al recibir los vestidos los besan con gratitud, dirigen afectuosas miradas hacia España, y no pocas veces al entrar en el bosque se lo quitan, prefiriendo que las malezas y zarzas lastimen sus cuerpos con tal que no se exponga á peligro la preciosa dádiva de las señoras blancas.



«Con esta ocasión y dando á todos las más expresivas gracias por este acto de caridad que deseamos ver repetido, se reitera por su afectísimo s. s. q. s. m. b., el Viceprocurador de las Misiones de Fernando Poo, RAMÓN FLUVIA, misionero del Inmaculado Corazón de María. — Barcelona, 19 de Abril de 1894.»

**Bélgica.**—Del *Courrier*, de Bruselas, son estos interesantes recuerdos:

«Cincuenta años ha que un Obispo misionero aparecía en la cátedra sagrada de Santa Gudula, conmoviendo profundamente, durante ocho días, con su elocuente palabra á la muchedumbre que acudía á esta vieja basilica. Después de haber pedido á los padres y madres llevaran también á sus hijos, este nuevo apóstol supo hacer vibrar las fibras más delicadas del paternal amor en favor de los pobres niños abandonados á los horrores de una muerte miserable y de cuyos brazos quería arrancar, no solamente su alma, sino también su cuerpo.

«Era el Ilmo. Forbin-Jansón, que no abandonó Bruselas sin haber establecido, sobre las más sólidas bases, la Obra de la Santa Infancia.

«El rey Alfonso I habiendo oído hablar de los milagros de caridad realizados por el venerable misionero, expresa su deseo de recibirle en palacio. Dos veces el Ilmo. Forbin-Jansón fué recibido por la Real familia. En la segunda audiencia le trae á sus hijos el Duque de Brabante, el Conde de Flandes y la princesa Carlota; le ruega se digne bendecirlos é inscribirles á la cabeza de las listas de la Obra en calidad de miembros protectores. Es así como nuestro Soberano es siempre, en Bélgica, el protector de la Obra de la Santa Infancia.

«La Obra queda establecida y no tarda en prosperar. Los ingresos del primer año arrojan la suma de 22,000 francos. Cinco años más tarde arrojaban 100,000. Pasan de un millón en 1855, de dos millones en 1873, de tres en 1881, y desde entonces hasta ahora no han podido descender. Bélgica contribuye con la décima parte á este presupuesto de caridad.

«Pero también ¡qué resultados tan consoladores! en el año 1852, gracias á los recursos ofrecidos por la Asociación, más de 192,000 niños fueron libertados, por medio del bautismo, de la muerte eterna. Llegan á 375,000 los rescatados en 1869; á 439,000 en 1870 y á 459,000 en 1890, pudiéndose afirmar que en estos últimos veinticinco años diez millones de niños deben su salud á la Obra de la Santa Infancia.

«¡Ojalá que este Jubileo pueda franquearle un nuevo vuelo y alistarle nuevos ejércitos de bienhechores entre los niños de nuestras familias cristianas, realizando así el deseo de León XIII. «Quisiera, ha dicho el ilustre Pontífice, cuyo corazón está abierto á todas las miserias humanas, quisiera ver á todos los niños «del mundo católico miembros de esta bella Obra de la Santa Infancia.»

**Armenia.**—En la página 217 damos el retrato del P. Serapio Baronian, Religioso armenio de la Orden de los Mequitaristas benedictinos de Venecia, que el 4 de Enero de 1891 murió á los golpes de un asesino pagado por los enemigos de la fe católica.

La Sagrada Congregación de Propaganda, habiendo ofrecido en 1880 á los Padres Mequitaristas las Misiones de una parte de la Armenia persa, al momento se nombraron dos sacerdotes; uno de ellos, el Rdo. P. Serapio Baronián, de Constantinopla, que contaba treinta y cinco años. Nombrado superior, hizo construir en Savura una iglesia, una casa de educación, y un asilo para los misioneros.

Su celo y abnegación atrajeron las bendiciones del cielo, y al cabo de poco tiempo parte de los armenios disidentes de Malhasa, pueblo vecino, envió una Comisión al P. Serapio, declarándole que querían entrar en el seno de la Iglesia, y que consentía en ceder uno de sus templos para la celebración de las ceremonias del culto. Presentáronse los misioneros en Malhasa, tomaron posesión de la iglesia, oyeron la confesión de los prosélitos, y fundaron un colegio, dejando un sacerdote ordenado por el delegado apostólico Ilmo. Thomás.

Exasperados por el éxito de la obra de Dios, los disidentes resolvieron vengarse, y hallaron un miserable que consintió en lle-

var á cabo su infame proyecto. Este dirigióse desde luego á Malhasa para buscar su víctima, y habiendo sabido que estaba fuera el Padre, vino á encontrarlo en Savura el 4 de Enero á las diez de la mañana. Pidió hablar con el Superior de la Misión, á quien dijo carecía de recursos, y que se moría de hambre y frío. El Padre Serapio, siempre caritativo y hospitalario, apresuróse á preparar por sí mismo fuego, y dispuso que el sirviente diese de comer al miserable, quien se despidió á las tres, después de recibir pan, queso y frutas para el camino. Estaba ya en el patio é iba alejarse, como si le faltase valor para efectuar su horrible designio, cuando súbitamente volvió sobre sus pasos y dijo al conserje que quería por última vez saludar y dar gracias al Padre. Al entrar en el aposento del Superior, fingiendo besarle la mano, asióle por la barba, hundióle un puñal en la garganta, y como prueba del cumplimiento de su atroz encargo, le cortó la oreja derecha. El Padre tuvo apenas fuerzas para pedir auxilio, y al acudir su compañero, abrazóle repetidas veces, y pidióle la absolución y la Extremaunción. Apenas pronunciadas las palabras sacramentales, el P. Serapio exhaló el postrer suspiro.

General fué la consternación en Savura al esparcirse la noticia del crimen; emprendióse acto continuo la persecución del asesino, y de lejos víose como se escondía en una casa de Salmas, habitada por un armenio conocido por su odio implacable al Catolicismo.

Los funerales del P. Serapio fueron solemnes, asistiendo á ellos los Padres Lazaristas de Khosrova, todo el clero católico indígena de los diferentes ritos y más de tres mil fieles. Depositóse el cuerpo del misionero en el sepulcro de los Hijos de San Vicente de Paul.

**Islas Seychelles.**—El Rdo. P. Cherubin, capuchino, escribe desde Puerto Victoria lo siguiente:

«Desde hace solamente cuarenta años cuentan con misioneros las Seychelles; antes de esta época, la entrada en estas islas, libre para misioneros protestantes, era rigurosamente prohibida á los sacerdotes católicos. El error contaba con todas las facilidades para su propagación; pero los últimamente llegados traían consigo la verdad y el sacrificio, de modo que las conversiones fueron numerosas.

«En las tres mayores islas (Mahé, Praslin y La Digne) se elevaron poco á poco capillas; un andamiaje cubierto con hojas de cocoteros. Cuando por primera vez, un misionero llegado de Francia, penetra en una de esas iglesias (que llamaría granjas si Nuestro Señor no las habitara), experimenta una sensación dolorosa en vista de semejante pobreza.

«Estas capillas, construidas hace unos treinta años, piden imperiosamente su reconstrucción; porque las maderas atacadas por ciertos insectos alados semejantes á hormiguitas, caen poco á poco reducidas á polvo. En una de ellas, hace algunos meses, una viga, desprendiéndose del andamiaje en ocasión en que se celebraban Vísperas, estuvo á punto de ocasionar una catástrofe; pero una cuerda colocada á través, en previsión del accidente, la retuvo felizmente suspendida sobre los espantados asistentes.

«Lo que aleja á algunos indígenas de la asistencia á los Divinos Oficios, es el estado deplorable de nuestras iglesias; once capillas de las trece se hallan en este caso. Dos, la Catedral de Puerto Victoria y la iglesia del Sagrado Corazón, que hemos logrado reconstruir, se ven invadidas por la gente de otras parroquias, que prefieren una caminata de muchas horas y tener una iglesia conveniente. En estas dos iglesias nuevas, los días de fiesta sobre todo, se tiene la satisfacción de notar buen número de protestantes. Lograr que franqueen el dintel de una iglesia católica, es un gran paso hacia la conversión.

«Pero lo que amenaza el porvenir de la Religión católica en las Seychelles, es la falta de recursos en que nos encontramos para sostener escuelas. En dos parroquias hemos tenido necesidad de cerrarlas: los protestantes se aprovechan y hacen cuanto pueden para atraer á sus escuelas gratuitas á muchos niños católicos. En Puerto Victoria, el Colegio de los Hermanos Maristas se ve combatido por otro colegio laico, titulado neutro, cuyos profesores son protestantes.»



**Noticias varias.**—Se ha reconstituido con otro nombre la Asociación de los Hermanos del Sahara, fundada por el cardenal Lavigerie y disuelta á su fallecimiento. Ahora se propone establecer comunicaciones entre las varias colonias francesas de Africa y estaciones agrícolas, é impedir, como siempre, el tráfico de esclavos y los sacrificios humanos en el mismo continente.

El P. Lonail ha dicho que la referida Asociación es independiente de la Orden de los Padres Blancos, á la que él pertenece; pero que una y otra son Instituciones hermanas. Los indicados Padres piensan fundar una residencia en Tombuctu, enviando desde San Luis á los fundadores.

—En una carta que el Ilmo. Augouard ha dirigido al cardenal Ledochowski, da detalles horribles sobre las terribles costumbres de los antropófagos.

«Llevan los esclavos, dice aquel Prelado, al mercado, y el que no puede pagarse el lujo de un esclavo entero, compra solamente un miembro, el que más le gusta. Si escoge un brazo, por ejemplo, el comprador hace una señal sobre el miembro escogido, y el propietario del esclavo espera que otro parroquiano escoja los demás miembros; y cuando todos están señalados, se le corta la cabeza, desollándole en el acto y llevándose después cada uno la parte comprada del cuerpo.»

Si estos detalles no los diera una persona tan digna de fe, podría decirse que han sido inventados, pues se resiste la razón á creer cosa tan horrorosa. Pues bien: tengamos presente que nuestros misioneros y la Obra de la Propagación de la Fe tienen por fin principal el hacer que cesen tales horrores.

—El general Dodds, en su tratado con el rey de Dahomey, le impuso la condición de enviar á las escuelas francesas los niños de ambos sexos; y como allí no hay escuelas laicas, porque no ha habido ningún profesor de esa calaña que se haya prestado á ir á aquel país bárbaro y salvaje, resultará que los negros de Dahomey aprenderán á conocer á Dios, mientras esto no pueden conseguirlo los blancos de las escuelas laicas de la civilizada Francia.

—La reina de las islas Hawai ó Sandwich, Lilino Kalani, aunque destronada, pide se le conceda una pensión por los Estados Unidos y se anexe aqúel á éstos. He aquí en lo que ha venido á parar la evangelización de aquel famoso archipiélago por misioneros protestantes. La enseñanza religiosa no ha sido durante medio siglo más que un instrumento de la política: en cambio, los predicadores católicos están sin intermisión trabajando por la fe, sin mira alguna de política, ni aun para su patria.

—La protestante Inglaterra gasta anualmente 50 millones de pesetas en sus Misiones, cuyo resultado práctico es casi nulo, pues son pocos los conversos, pero en cambio los misioneros se dan buena vida á costa del Estado. Sus credenciales llevan impresas estas palabras: «Vale por tantas libras esterlinas al mes.»

También el cardenal Lavigerie mandaba á sus misioneros al interior del Africa entregándoles una credencial con estas sencillas palabras: «Vale para el martirio.»

Cierto día presentóse al eminente Purpurado un sacerdote de la diócesis de Rodez, que le presentó sus cartas credenciales, en las que añadió el Cardenal de su puño y letra: *Visis pro martirio*; y entregándoselas:

—¿Aceptáis las condiciones? le dijo.

—Eminencia, sólo ése era mi objeto.

—Pues bien, marchad

Y el misionero partió al punto que le había sido designado, donde al año encontró la palma del martirio.

He ahí la enorme diferencia entre los asalariados misioneros protestantes y los heroicos misioneros católicos, que tan desinteresadamente van á exponer su vida por salvar las almas de sus semejantes.

—Parece que el territorio de Uganda se dividirá en dos secciones, después de incorporado al imperio británico, y que sin excluir á los Misioneros procedentes de la Congregación de Padres

Blancos, de Lavigerie, se destinará una posesión á los nuevos misioneros católicos fundados por el cardenal Vaughan, arzobispo de Westminster, entre los que se cuentan algunos que no son ingleses. De esta manera se cree que podrán conjurarse los conflictos que, sin culpa suya y por malevolencia de oficiales británicos, se han deplorado en Uganda.

## VARIEDADES

### LAS ISLAS DE LOBOS

**F**RENTE á las playas orientales de nuestra República, que bañan siempre las aguas intranquilas del Atlántico; en los parajes de dolorosa recordación en que sucumbieron el *Pelotas*, el *Solimoes* y la *Rosales*,—víctimas del empuje formidable de aquellas olas bravías, que en lucha eterna van y vienen, suben y bajan, estrechándose como gladiadores enfurecidos, envidiosas, sin duda, las unas de las otras de su brutal poder,—se levantan una multitud de peñones negros y estériles, que aislados en las soledades del Océano, contrastan en su impasible quietud con el elemento rugiente que desesperado se estalla contra las enhiestas rocas de la costa.

Estas islas, testigos mudos de cien naufragios, y en las cuales no se divisa otra manifestación de vida que millares de gaviotas revoloteando alegres al acercarse la tormenta que ha de ofrecerles un nuevo festín, son, sin embargo, una fuente inagotable de riqueza: en sus costas, como en las de Alaska, Patagonia y Cabo de Buena Esperanza, habitan en cantidad considerable los lobos marinos, cuyas pieles, aceite y huesos tienen diversas é importantes aplicaciones en la industria.

La mayor es la de Lobos, situada cinco millas de la Punta del Este, en el departamento de Maldonado, bastante más al Sud de las demás; siguiéndole en importancia las de Polonia, Castillos y Coronilla, que se encuentran á algunas leguas al Norte del Cabo de Santa María.

Dos son, propiamente, las especies de focas que pueblan las referidas islas: los *pelucas* y los simplemente llamados *lobos*; estableciéndose otras clasificaciones sin importancia, basadas en detalles insignificantes, como ser el color más ó menos oscuro de la piel.

Los primeros pertenecen á la familia que el tecnicismo naturalista distigue con el nombre de *arctocéfalos*, y que en otros lugares donde también los hay, como en las islas Malvinas y en el Cabo de Buena Esperanza, les llaman *oso marino*, en atención á que la parte anterior del cuerpo tiene algo del oso, y todo él, excepto las extremidades, está cubierto de pelos largos, bastos y rígidos. Su longitud excede, por lo regular, de dos metros en los machos, siendo algo menor en las hembras.

Los de la segunda especie, incluidos por todos sus caracteres bien definidos en la familia de los *otarios*, se diferencian principalmente de los *pelucas*, en que tienen dos distintas clases de pelos: el visible es duro, áspero y relativamente largo; mientras que el oculto bajo aquél, es corto y suave en extremo,—compitiendo ventajosamente en ese sentido, con el mejor peluche ó terciopelo. Como puede comprenderse sin esfuerzo, sus



pieles son preferidas á las de *peluca*, á pesar de su inferioridad en tamaño y resistencia.

Los focídeos viven en familia: el macho posee siempre varias hembras, que custodia y hace respetar aun con peligro de su vida. Sólo permanecen en tierra en determinadas circunstancias, y muy particularmente en la época del celo y durante la juventud, que es cuando las madres con prolijo anhelo enseñan á su prole á nadar, llevándolos sobre el lomo hasta tanto los lobeznos se emancipan, declarándose insignes nadadores. En el agua se mueven con rapidez y desenvoltura, mientras que fuera de ella son torpes y pesados. No pueden avanzar sino de un modo original: se arrastran como ciertas orugas: arquean el lomo; se apoyan sobre el vientre, sirviéndose ligeramente de las extremidades, y alargan con prontitud el cuerpo. En las horas de sol salen á la costa á calentarse; pero á la primera señal de peligro se apresuran á buscar refugio en el agua, donde desarrollan una fuerza de tracción extraordinaria.

En cuanto á sus sentidos, el oído es excelente, aunque se halle apenas indicado el pabellón de la oreja; la vista y el olfato son menos perfectos. La voz es ronca, teniendo muchas veces analogía con la del perro, recordando en otros casos el mugido del buey.

Cuando se les asusta de alguna manera estando en tierra, tiemblan como azogados, lanzando al aire profundos suspiros; sin embargo de lo dicho, si se les persigue cerrándoles la salida, adoptan una actitud de defensa que intimida al hombre más valiente: se yerguen sobre la parte posterior del cuerpo y abren la enorme boca, dejando ver sus largos y afilados colmillos, á la vez que dan un alarido horrible de desesperación.

Estos animales tragan piedras, según unos para abrir el apetito, y según otros para facilitar la digestión; existiendo también la creencia, no mal fundada, de que les es necesario ese lastre para sus zambullidas y correrías bajo la superficie de las aguas. Sea lo que fuere, el caso es que el hecho se produce. Rara vez se les encuentran dentro del estómago sustancias alimenticias sin digerir, atribuyéndoseles por esta circunstancia una digestión rapidísima.

Para terminar la ligera descripción de los usos y costumbres de los referidos pinnípedos, diremos que tienen sus preferencias marcadas por la temperatura media: al comenzar la estación de los fríos, huyen del polo en dirección á nuestras islas; y en llegando los calores á éstas, corren nuevamente á la región polar.

No deja de tener su originalidad la manera como se les caza. En una planicie inmediata á la costa, y donde los lobos acostumbran á pasar las horas de sol, existe un corral, cuya portera queda frente al mar. Una vez que en la gran plaza se encuentran reunidos los lobos en un número suficiente que merezca producir el escándalo de la matanza, que ha de ahuyentar por varios días á los que escapan del palo certero de los loberos, éstos, con mucho sigilo y tomando en cuenta la dirección del viento para no ser sentidos, llegan á la orilla del agua, cerrándoles así la salida. Comienzan entonces

los *faeneros* á dar grandes gritos; asustando de tal manera á los sorprendidos lobos, que, atropellándose los unos á los otros, huyen precipitadamente, tanto cuanto les es posible, por el camino que se les deja expedito, entran como ovejas al corral, donde se les mata con gruesos y pesados garrotes.

Después de quitadas las pieles, que se salan y así se remiten á Inglaterra, se troza la carne llevándola á grandes tachos para la extracción del aceite, usando como combustible sus propios huesos.

Estas operaciones se repiten pocas veces en los cinco meses que dura la faena, desde el 15 de Mayo hasta el 15 de Octubre; pero en cada matanza caen muchísimos cientos de lobos, siendo pocos los que se cazan aisladamente.

Londres es el gran mercado consumidor de las pieles, y prefiere las de nuestro país, pagándolas á mayores precios. Muchas aplicaciones se les dan; pero principalmente se usan en tapados para señora y en la cubierta interior de los gabanes, que llegan á valer hasta cien libras esterlinas cada uno.

El Sr. D. Guillermo Lafone, actualmente socio administrador de las islas explotadas, exhibió en la Exposición de París una colección de pieles, que fué premiada con medalla de oro. En la de Chicago se tiene conocimiento de que ha merecido premio, no sabiéndose aún la clase de distinción.

Las islas pertenecen al Estado, quien las arrienda á empresas particulares por tiempos determinados. Actualmente están en poder de una Sociedad que las usufructúa desde el año 1885.

Como información complementaria é ilustrativa de la importancia de las referidas islas, vamos á reproducir algunos datos sobre el resultado de la caza de lobos, tomados de una monografía del departamento de Maldonado, que publicó en 1889 el ex-jefe político y actual diputado D. Elías L. Devincenzi.

Según este señor, en los dieciséis años transcurridos desde 1873 á 1888 fueron beneficiados *doscientos dieciocho mil doscientos setenta* lobos, cuyas pieles, á razón de una libra esterlina, representan más de un millón de pesos. Agregando 33,556 arrobas de aceite á doce reales la arroba, resulta un rendimiento total de *un millón sesenta y seis mil ciento treinta y seis pesos*.

Los gastos de explotación, incluyendo el alquiler de las islas por 100,000 pesos; los impuestos municipales por 45,500 pesos; la proveeduría de comestibles por 11,200 pesos; la sal; fletes de buques, capataces y mayordomo, por 57,600 pesos; los salarios á los peones á razón de veinte centésimos por cada animal muerto, y comisiones y gastos imprevistos, no alcanzan en todo aquel lapso de tiempo á la cantidad de trescientos mil pesos: aproximándose así el beneficio total de los empresarios á ochocientos mil pesos, ó lo que es igual, á 50,000 pesos anuales.

A. PINTOS MÁRQUEZ.

Montevideo, Marzo 1894.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona